

56

IDAD AU

CCIÓN GEN

UNIVERSITY OF CHICAGO



SANCHEZ

SERMONES
VARIOS



BX1756
S2
V. 16
c. 1

135794

252

José Angel Benavides.



1080046336

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E#2-6443

SERMONES VARIOS.

TOMO XVI.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL

SERMONES

VARIOS

PANEGÍRICOS Y MORALES.

SU AUTOR

*El P. Fr. Sebastian Sanchez Sobrino,
religioso de la tercera orden de peni-
tencia de N. S. P. S. Francisco, mo-
rador del convento de S. Antonio
Abad de Granada &c.*

TOMO XVI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUBIA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
Con las licencias necesarias.
Madrid: Por la Viuda de Barco Lopez.

Año de 1819.

38112

BX 1756

52

SERMONES

VARIOS



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
 DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135784

1818 sh oñA

Á LOS LECTORES.

SEÑORES:

No pensaba ya en publicar mas sermones ; pero las repetidas instancias con que varios ministros de la palabra me han pedido los asuntos del presente tomo me han estimulado á complacerlos , interrumpiendo hasta ahora otra obra que estoy trabajando de pláticas catequísticas de Doctrina cristiana, para que instruyan á sus feligreses los que exercen cura de almas.

Los pseudo-filósofos del dia me persuado mirarán con desprecio algunos discursos del presente tomo, principalmente los que tratan del sagrado orden del Carmen y del de la Merced. Fieles sectarios de Bay-



le y admiradores de su crítica, adoptan todo lo que él dixo en su prefacio al comentario filosófico, en el artículo Launoy &c. sobre esta materia; en cuyos lugares verá el lector imparcial, que se explica, no ya como un protestante furioso, sino como un libertino bufon, que ridiculiza con un sarcasmo la decencia igualmente que la mayor santidad. ¡Siglo infelíz, en que tanto son aplaudidos estos abortos del infierno. Los que leen las obras de estos impíos ¿qué respeto, qué veneracion han de tener á los santos, reconocidos y canonizados por la Iglesia romana? ¿Qué juicio han de formar, qué crédito han de dar á las solemnes apariciones de la Madre de Dios, ni á las indulgencias concedidas á favor de los fieles por los obispos y soberanos pontífices? Ellos son ciegos y guías de otros ciegos, que marchan de convoy al precipicio.

Pero yo sin escrúpulo alguno de

faltar á la verdad en materia tan delicada, en el elogio apologético de nuestra Señora del Cármen é indulgencias de su santo escapulario, no dudo publicar como hecho irrefragable la revelacion á S. Simon Stoch: y cuando hablo de nuestra Madre de la Merced, doy asenso á la revelacion hecha á S. Pedro Nolasco, á S. Raymundo de Peñafort y al rey D. Jaime I de Aragon. Estos hechos, que ciertos morosos críticos quieren poner en duda, los leo en los breviarios mas correctos, en las leyendas mas exáctas, donde sabemos haber sido borradas muchas cosas que no procedian de fuentes puras; y ademas los veo aprobados por los sumos pontífices, vicarios de Jesucristo sobre la tierra. Desde que estos hechos pues han sido declarados auténticos por los papas, primados y gefes de la Iglesia, y admitidos en las actas de la canonizacion de los santos, los he

mirado como ciertos, á propósito para la edificación de los pueblos, y promover el culto de la Madre de Dios, y dignos de publicarse en la cátedra del Espíritu Santo. Muchos de los hechos y algunas reflexiones de estos dos discursos son tomadas de Mr. Ballet: y todo lo que contiene el presente tomo lo sujeto al juicio y correccion de nuestra infalible madre la Iglesia. VALETE.



DISCURSO

PANEGÍRICO-APOLOGÉTICO

SOBRE LA DEVOCION AL SAGRADO ESCAPULARIO DE NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

Invoca Dominum, loquere pro nobis Regi, et libera nos de morte. Esth. cap. XV.

Invoca al Señor, habla al Rey por nosotros, y libranos de la muerte.

SEÑORES:

Asi habló el santo Mardoqueó á su sobrina la reyna Estér, para librar al pueblo de Judá del decreto de exterminio que á instancias fraudulentas de Amán habia firmado el Tomo XVI. A

mirado como ciertos, á propósito para la edificación de los pueblos, y promover el culto de la Madre de Dios, y dignos de publicarse en la cátedra del Espíritu Santo. Muchos de los hechos y algunas reflexiones de estos dos discursos son tomadas de Mr. Ballet: y todo lo que contiene el presente tomo lo sujeto al juicio y corrección de nuestra infalible madre la Iglesia. VALETE.



DISCURSO

PANEGÍRICO-APOLOGÉTICO

SOBRE LA DEVOCION AL SAGRADO ESCAPULARIO DE NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

Invoca Dominum, loquere pro nobis Regi, et libera nos de morte. Esth. cap. XV.

Invoca al Señor, habla al Rey por nosotros, y libranos de la muerte.

SEÑORES:

Así habló el santo Mardoqueó á su sobrina la reyna Estér, para librar al pueblo de Judá del decreto de exterminio que á instancias fraudulentas de Amán habia firmado el
Tomo XVI. A

incauto Asuero. Vosotros no ignorais la soberbia de aquel pérfido ministro, y su conato por perder al que no doblase la rodilla en su presencia, y le adorase. Verdadero imitador de satanás, que pretendió ser adorado del Unigénito de Dios, hecho hombre, quiso que lo adorase Mardoquéo. Pero este verdadero israelita, digno hijo de Abraham, de Isac y de Jacob, jamás quiso tributar á una vil criatura el obsequio debido únicamente á Dios. Esta loable resistencia encendió el espíritu de Amán, y obtuvo fraudulentamente decreto de exterminio contra todo el pueblo de Israel, cautivo en Babilonia. El zelo de Mardoquéo por la salud de sus hermanos le hizo cubrirse de un saco de penitencia y de ceniza; y afligido hasta el fondo de su corazón, dirigió á su sobrina la reyna, que gozaba del mayor influxo para con Asuero, por lo mucho que la amaba, las siguientes palabras: invoca al Se-

ñor, habla al rey por nosotros, y libranos de la muerte. La súplica logró todo su efecto. El grande Asuero desirrió á los ruegos de Estér, y no solo revocó el decreto de exterminio, dado contra los israelitas, sino que confundió y perdió á sus enemigos.

Hé aqui, señores, una figura en cierto modo análoga á los fines que se proponen los cofrades del escapulario del Cármen. El infernal Amán, que antes de descender precipitado al abismo por su soberbia, obtuvo por algunos instantes un singular principado en el cielo, corte del divino Asuero, como principio que era de sus caminos, segun la expresion de la escritura, de resultas de su caída concibió un ódio implacable contra todo el género humano, principalmente contra los verdaderos israelitas ó profesores de la religion de Jesucristo, á quien vió exáltado sobre los cielos, y propuesto por ob-

jeto de adoracion á los ángeles. Animado pues de orgullo y envidia, tentó con dolo y triunfó de nuestros primeros padres, y en ellos de todos nosotros. Valióse con astucia de una muger, sexó el mas fácil de engañar, el mas difícil de desengañar, y el mas á propósito para engañar. Comieron Adán y Eva de la fruta del árbol prohibido, y el estipendio de este pecado fue la muerte, la privacion de la justicia original, de la gracia y demas dones con que el Criador los habia dotado; y de hijos de Dios, quedaron convertidos en esclavos del demonio, sujetos á un decreto de muerte eterna, que los excluía del cielo con toda su criminal descendencia. ¡Qué orgulloso, qué ufano, qué soberbio se manifestó de resultas Luzbél, este infernal Amán, al ver aplicado al carro de su triunfo todo el género humano! Como antes de su caída habia concebido en su corazon ingrato subir sobre los astros

del cielo, y arrojar de su sólio al Altísimo, de resultas de haber triunfado de nuestros primeros padres, contaba desde luego con la posesion y homenaje de todo el género humano.

Pero Dios, cuya naturaleza es la bondad y la misericordia por esencia; Dios, que habia criado al hombre para sí, y que desde la eternidad se habia propuesto elevar su naturaleza sobre todas las criaturas visibles é invisibles, ordenando que en su Unigénito la adorasen hasta los mismos ángeles: *adorent eum omnes angeli ejus*; Dios, movido á compasion despues de haber reprehendido y multado con penas á nuestros primeros padres por su inobediencia, maldixo á la serpiente, y le anunció que una muger quebrantaria su cabeza. Esta muger dichosa fue María, destinada en los consejos eternos para Madre del Omnipotente. El Señor la distinguió de las demas criaturas, ha-

ciéndola superior á todas ellas, como reina del cielo y de la tierra, y protectora de sus hijos los fieles, á quienes debia adoptar en el calvario. Por el canal de esta su verdadera Madre quiso el Señor se nos comunicasen sus gracias. Por esta causa los padres de la Iglesia no han dudado proclamarla con los mas gloriosos titulos de honor, de magnificencia y de poder, correspondientes á su altísima dignidad.

¿Qué mucho pues, señores, que los cofrades del escapulario de nuestra Señora del Cármen saluden á esta nueva Estér como á una Madre benéfica, fiando á su poderosa intercesion con el divino Asuero su salud espiritual y la libertad de su esclavitud en el pecado? Yo bien sé que los rasgos de bondad y de poder de aquella heroína no son capaces de caracterizar completamente la misericordia de María para con sus hijos, ni su influxo para con Jesucristo nues-

tro Salvador. Pero me consta que la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, aplica estos mismos rasgos á María; porque en un sentido espiritual, dice un sabio, halla en ellos una imágen fiel de su beneficencia, su poder y auxilios, que obtiene á favor de sus devotos en los momentos decisivos de la muerte. En efecto, señores, yo me represento á María postrada á los pies del Cordero sin mancha, intercediendo por sus hijos, á quienes ve rodeados de poderosos enemigos que conspiran á su muerte y eterna ruina. Mas no penseis que los enemigos de los cofrades del Carmelo son únicamente los ministros del Amán infernal. Estos han logrado por auxiliares, y han hecho estrecha liga con cierta clase de hombres, que ya abiertamente, ya baxo el pretexto de reforma y pureza de culto, han declarado la mas cruda y artificiosa guerra á la devoción del Carmelo. No será pues fuera de pro-

pósito dar á conocer en primer lugar el carácter y astucias de sus enemigos, y en segundo la solidez de este culto, conforme en todo al espíritu de la Iglesia. Dos reflexiones, que dividen justamente la materia, dirigidas á honra y gloria de Dios y de su santa Madre, y á la instruccion y consuelo de los cofrades del Carmelo. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la intercesion de su augusta Esposa. *Ave Maria.*

Invoca Dominum &c.

La santa Iglesia, dirigida desde su origen por el Espíritu Santo, contra la cual jamas podrán prevalecer las puertas del abismo, porque Jesucristo ha prometido estar con ella hasta la consumacion de los siglos; la Iglesia, repito, nos ha enseñado que en todo tiempo podemos invocar con utilidad á los santos; que ellos oyen nuestras súplicas; que las pre-

sentan ante el trono de Dios, é interceden por nosotros; y que por su intercesion nos dispensa el Señor á veces singulares beneficios. De aqui se sigue por una consecuencia legitima, que María, verdadera Madre de Dios, reina del cielo y de la tierra, superior á toda criatura, y solo inferior á Dios, es la mas poderosa intercesora del linage humano para con el divino Hacedor, por su mayor inmediacion y alianza con este único origen de todo bien perfecto.

Ademas, ella es entre las criaturas todas la mas interesada á favor nuestro, por su mayor afecto al género humano, al cual de orden de Jesucristo adoptó por hijo sobre el monte calvario. Á esto se agrega que como la mas santa, es la mas allegada y próxima á Dios, y la que goza mayor influxo en su divina presencia. Para inspirarnos la Iglesia este pensamiento, la proclama con frecuencia Madre de la divina gracia, con-

soladora de los afligidos, refugio de los pecadores, y dulce esperanza nuestra. De aquí la multitud de atribuciones con que los fieles de todos los siglos la han invocado é invocan en sus tribulaciones; ya como Madre de misericordia, de la esperanza, del consuelo, de la paz, de los remedios, del rosario, del refugio, del socorro y amparo de los pecadores; ya por las alabanzas de su pureza original, ya por las de sus dolores, angustias, soledades &c.: todo ello con aprobacion de la Iglesia, con testimonios auténticos de sus pastores, que abriendo el tesoro inagotable que el mismo Jesucristo les confió, han concedido á todos estos devotos establecimientos, y baxo ciertas condiciones, innumerables indulgencias á favor de los fieles, para facilitarles ó aligerarles en cierto modo la bienaventuranza, para que fueron criados.

¿Porqué pues no deberemos con-

siderar baxo este mismo plan la devocion del Carmelo, y las indulgencias concedidas á los cofrades de su santo escapulario? Enemigos de esta santa devocion, ceñíos á responderme. ¿Qué dificultad hallais en concebir, que al tiempo de la muerte y resurreccion de Jesucristo hubiese en el monte Carmelo algunos devotos y venerables anacoretas, que siguiendo las huellas de los profetas Elías y Eliséo, ó las del santo precursor Bautista, esperasen el reino de Dios, segregados del mundo? ¿Qué repugnancia hay en que creyesen estos la divinidad del Salvador, y que abrazando, como muchos otros judios, su angusta religion, se pudiesen baxo la tutela de su Madre? ¿Qué hallais aquí de repugnancia? ¿Qué oposicion al culto y fé de Jesucristo? ¿No pudieron estos anacoretas, que realmente existieron segun la constante tradicion de muchos siglos, vivir como aquellos de quienes

habla S. Pablo, y de quienes el mundo no era digno, habitar en los desiertos, en las cavernas y entrañas de la tierra, durante las persecuciones de la Iglesia, como lo practicaron con el tiempo los Paulos, los Antonios, los Hilariones, los Pacomios, y tantos otros héroes del cristianismo en los desiertos del Egipto? ¿Osaréis negar la inmemorial tradicion de la Iglesia oriental sobre los anacoretas del Carmelo? ¿Recusaréis el testimonio de S. Luis IX, rey de Francia, que visitó en el referido monte á estos venerables, con admiracion de su vida austera y de su adhesion al culto de la Madre de Dios? ¿Negaréis la solicitud y zelo de este santo príncipe por establecerlos en su reino, y la rapidéz con que este sagrado órden se extendió por toda Europa, y aun por muchas islas del Océano y del Mediterráneo? ¿Negaréis que fue aprobado desde luego por los sumos pontífices, patroci-

nado por los reyes, proclamado por los sabios, y abrazado no solo por el pueblo rudo, sino por infinitos varones insignes en santidad?

Mas ¿quiénes son, me direis, estos enemigos de la devocion del Carmelo y de su santo escapulario? Yo, señores, os los voy á mostrar clasificados, para cuya confusion bastará el simple cotejo de ellos con los defensores de este culto. Estos enemigos unos son incrédulos, hereges otros, y otros son críticos morosos. Los primeros son personas entregadas á los placeres criminales, que viven sin religion, materialistas, deistas ó ateistas, que gloriándose de espíritus fuertes y sublimes, se burlan y satirizan toda especie de culto, afectando no reconocer mas Dios que sus pasiones. Las diversiones profanas y el desahogo de sus brutales apetitos forman la moralidad de sus costumbres y el objeto de sus solicitudes. Venid, se dicen, como los impíos

que nos describe el Sabio ; venid , y gocemos de los que son bienes , y usemos de las criaturas con la celeridad de jóvenes : llenémonos de vino precioso y de unguentos , sin dexar se nos pase la flor del tiempo : coronémonos de rosas antes que se marchiten : no haya prado donde no aparezca nuestra luxuria : resplandezca por todas partes nuestra alegría Oprimamos al pobre justo , sin perdonar á la viuda , ni reverenciar al anciano : sea nuestra ley la fuerza y la violencia . ¿ Qué idea de culto queris apruebe esta clase de gentes , que miran como tiempo triste , enfadoso y perdido el que se consagra á la religion ? ; Mundanos de profesion ! vosotros solo sois apologistas de la vanidad , bagatelas , excesos y tiranías de este siglo corrompido , y censores implacables del culto , solemnidades , gracias y maravillas de la religion de nuestros padres : y pues vivís en un sentido réprobo , llenad la medi-

da de vuestros mayores , como se explica el Espíritu Santo ; pero sin turbar las festividades ni los debidos homenages que tributamos á nuestro verdadero Dios y á su santa Madre , apoyados sobre la fé y disciplina de la Iglesia .

La segunda clase de enemigos del santo escapulario del Carmelo son los hereges , que han sacudido el yugo de la religion , y separados de la Iglesia , pretenden , como crueles vborreznos , romper las entrañas de esta piadosa madre que les dió el ser , y rasgar la túnica inconsútil de Jesucristo . Ellos de tiempo en tiempo han levantado el estandarte de la rebellion contra la esposa del Cordero sin mancha , y baxo el especioso y vano pretexto de reforma , han conspirado ya por violencia , ya por hipocresía , ya por discursos capciosos , llenos de dolo y de impostura , trastornar y abolir por sus fundamentos todo el plan de la fé , de la moral y de

la verdadera Iglesia de Jesucristo. Sus sacramentos, su liturgia, sus ceremonias, su gerarquía, su culto, no han estado á cubierto de los furiosos ataques de la maledicencia, la sátira y sarcasmos de estos hijos rebeldes. La verdadera Madre de Dios ha sido uno de los principales objetos contra quien estos proteryos y contumaces enemigos de la religion han vomitado sacrílegas blasfemias. El temor de escandalizar vuestros oidos y la pureza de esta cátedra no me permiten publicar los indignos epítetos con que algunos de ellos han osado infamarla. ¡Con qué aire burlesco, con qué criminal perfidia y desacato no se explican al tratar del escapulario del Carmelo y demas atribuciones con que los fieles, apoyados en la práctica de la Iglesia y breves pontificios, invocan á nuestra Madre benéfica para obtener su patrocinio! Pero dexemos delirar y palpar tinieblas á estos infelices ciegos

y guías de otros muchos, y pasemos á manifestar brevemente la tercera clase de enemigos del santo escapulario.

Estos son hombres educados en el seno del cristianismo, genios de ideas singulares, que desvanecidos con sus tales cuales conocimientos en las artes y ciencias naturales, han cuidado poco de la instruccion en materia de religion y de moral; y fiando demasiado en sus luces, han incurrido miserablemente en errores, hijos de ignorancia crasa, sobre materia de culto. Lo peor es, que reconvenidos de su error, á imitacion de Erasmo y otros muchos, hacen punto de honor y ostentacion de sostener sus opiniones singulares. Su ingenio fecundo les provee ciertos paralogismos, que les sirven de armas para combatir el culto que se da á la Madre de Dios, y menospreciar sus solemnidades. Para obscurecer sus legítimas pre-

rogativas, é intimidar la piedad de los fieles, impugnan ciertos títulos ó atribuciones que le estan consagrados por la Iglesia (como el de esperanza, consuelo nuestro &c.), baxo el capcioso pretexto de no ser conformes á la precision teológica de los términos. Asi caen insensiblemente en el error de negar la invocacion de los santos, y el culto debido á la Madre de misericordia. Con tan flaco fundamento combaten principalmente las indulgencias del santo escapulario, llamándolas exórbitanes. Tal es en substancia el sistema ruinoso de estos hombres singulares, idólatras de su capricho, que tienen su mayor vanidad en sobresalir y aventajarse á los demas, afectando dudas de todas las prácticas de la religion, para no sujetarse á ninguna. El escapulario, dicen (son expresiones de un sabio), es una devocion puramente popular, que sin razon ocu-

pa la atencion de los fieles sencillos é incautos sin mérito alguno de piedad, y que los aparta de los grandes objetos de la religion. Asi hablan en tono de oráculos, como pudiesen desde la mesa de tres pies. Hé aqui una breve descripcion del carácter de los enemigos del Carmelo. Resta, señores, compararlos con los ilustres defensores del escapulario, para que á primera vista conozcais la justicia de la causa, y de qué parte está el candor y la verdad.

¿Quién no se avergüenza de preferir, que la devocion del Carmelo es peculiar de un pueblo rudo y grosero? Sin estar privado de sentido comun ¿quién se atreverá á decir que es un invento de pocos siglos, como el de la pretendida reforma? Yo en efecto hallo entre los cofrades y defensores del escapulario sabios, personages ilustres, santos, y lo que es mas, oráculos ex-

presos de los sumos pontífices; y por lo que hace á su origen, es decir, el de los venerables anacoretas del monte Carmelo, lo vez confundido con la época de la primitiva Iglesia, si damos fe á la inmemorial y constante tradicion, que segun los viajeros se conserva en el monte Carmelo, de ser estos los sucesores de los profetas Elías y Eliséo, de cuyos ermitorios se descubren aún insignes restos de antigüedad en aquel monte, principalmente una pequeña capilla que en honor de la santa Virgen construyó el profeta Agabo, abad del Carmelo, en el año 83 de Cristo.

Mas aun cuando nuestros morosos críticos se desdeñen admitir, sin fundamento sólido, esta venerable antigüedad de anacoretas sobre el Carmelo, jamas podran negar un hecho constante en los anales de la historia; á saber, que los peregrinos del Occidente, que desde los

primeros siglos de la Iglesia iban á visitar los santos lugares de Jerusalén, tenian en el Carmelo diferentes ermitas donde se recogian, quedándose muchos de ellos de anacoretas en aquel monte por devocion. ¿Pero qué mucho, si en los siglos posteriores, cuando los mahometanos entraron en posesion de aquellos santos lugares, habia en el Carmelo muchos peregrinos en otras tantas ermitas, expuestos al furor y violencia de los bárbaros, como sabemos por la historia? Igualmente cierto es que Aymerico, legado de Alexandro III en Oriente y patriarca de Antioquía, reunió á estos anacoretas, que vivian baxo la tutela de la Madre de Dios en los ermitorios de Elías y Eliséo, en verdadero órden religioso en el siglo XII. Ni osarán negar nuestros críticos, que Alberto, patriarca de Jerusalén, les dió reglas en 1205, las cuales confirmó Honorio III, cu-

yo hábito arregló despues, mitigando la austeridad de la regla, Honorio IV en 1245. Tampoco pueden negar, sin acreditarse de peregrinos en la historia, que en 1238 pasaron á Europa, y que S. Luis, rey de Fracia, traxo en su comitiva seis de estos religiosos para que fundasen en sus dominios, donde se multiplicaron maravillosamente.

De aqui se extendieron con suma rapidez por todo el Occidente baxo la proteccion de la santa sede, de los reyes, de los obispos, de los grandes y de los sabios. Ni tardaron en pasar á Inglaterra, donde recibió mucho aumento y esplendor este venerable orden. Simon Stoch, que de edad de doce años se habia retirado al desierto, á imitacion del Bautista, sin otro alimento que las yerbas del campo y los frutos espontáneos de los árboles, vió con placer á estos religiosos que acababan de arribar de Pales-

cina; admiró su vida, solicitó su profesion, promovió sus establecimientos; y elegido á poco tiempo por sus virtudes general de la orden, se dignó María santísima darle un escapulario por signo de su proteccion, como lo habia executado en otro tiempo con S. Ildefonso, presentándole la casulla que debia usar en el santo sacrificio de la misa, en recompensa de haber defendido su virginidad; y la santa cinta á los tortosines para interesarlos en su culto.

Yo bien sé que los hereges, los espíritus denominados fuertes, y ciertos críticos morosos que se creen iluminados como los gnósticos de los tiempos primitivos, se burlan de semejantes apariciones. Estos miserables, esclavos de sus sentidos, solo creen de ordinario lo que tocan por ellos. Todo lo demas pasa en su delirante juicio por supersticion, fanatismo y preocupa-

cion de un pueblo rudo y grosero. ¡Mas ah! celebros destornillados, ¿tratais con esta ignominia á los mayores monarcas y dinastas que han protegido la Iglesia y este venerable orden por el largo espacio de mas de seis siglos, aun cuando nos limitemos á su establecimiento en el Occidente? ¿Numerais entre el pueblo rudo y grosero á los sumos pontífices que lo han aprobado, y confirmado sus indulgencias? ¿Contais por preocupados y fanáticos á los eminentísimos cardenales de la sagrada congregacion de Ritos, presidida por uno de los primeros sabios de su siglo? ¿Deberán pasar por supersticiosos todos los arzobispos, obispos, abades y generales de las órdenes religiosas, que han aprobado, protegido y defendido el instituto del Carmelo y sus indulgencias? ¿Reputais por fanáticos la gran multitud de santos y varones ilustres en virtudes y ciencias que ha produ-

cido esta orden á la Iglesia y al estado? ¿Juzgais pueblo grosero y preocupado á innumerables cofrades del Carmelo, personas de las primeras gerarquías, grandes, gefes militares, caballeros, que han vivido y viven aún baxo la proteccion de esta augusta Madre? Y para decirlo de una vez, ¿mirais como pueblo rudo las academias, establecimientos literarios y las célebres universidades de todo el mundo católico?

¡Ah! presentaos aqui, sabios de Edimburgo, de Oxfort, de Bolonia, de la Sorbona y Salamanca, y dadnos auténtico testimonio del ventajoso juicio que formasteis al ser consultados sobre la solidez y utilidad de estas indulgencias.

Excederia yo sin duda los estrechos límites de un discurso predicable, abusando de vuestra atencion, si me detuviera á presentaros el pormenor de tantos irrefra-

gables monumentos de la antigüedad. Pero lo hasta aquí dicho basta para que forméis juicio de la notable diferencia y peso de autoridad que presentan los defensores del santo escapulario del Carmelo, en comparacion de sus enemigos, que lo son generalmente de la religion, del culto y de la piedad; y pasemos ya á demostrar, que las indulgencias concedidas á este venerable orden y á su santo escapulario son conformes al espíritu de la Iglesia: segunda parte de este discurso, que voy á exponeros con la posible brevedad. Renovad vuestra atencion.

II. Para poner á buena luz esta interesante verdad, bastará destruir las objeciones, paralogismos é imposturas de estos enemigos, que son las armas de que se valen para combatir el culto debido á la Madre de Dios. Los incrédulos de profesion, los materialistas y hereges que niegan

todo culto externo, estan demasado impugnados por los anatemas de la Iglesia, que en todos tiempos ha condenado sus errores en esta parte. Asi los delirios de estos no deben detenernos por ahora. Ellos estan suficientemente refutados por los apologistas católicos de todos los siglos. Otros son los principales y mas perjudiciales enemigos del culto de María, tanto mas perniciosos, cuanto mas ocultos. Ellos afectan no atreverse á negar lo que la Iglesia ha decidido. Pero se declaran dolosamente, y con un zelo farisáico, contra ciertas loables prácticas, que ellos llaman abusos introducidos en el culto y solemnidades de nuestra Señora. Declaman furiosamente contra ellos, como opuestos al espíritu de la Iglesia, explicándose á este fin con obscuridad y con dolo. Oidlos hablar acerca del escapulario del Cármen.

Esta devocion, dicen, lisonjea

mucho á los pecadores, y les inspira una vana confianza: atribuye demasiado poder á la Madre de Dios, y facilita mucho el asenso á lo maravilloso y á los sueños y falsas revelaciones. Al escapulario, añaden, se le atribuyen denominaciones injuriosas á Jesucristo y al espíritu de la religion, llamándolo signo de salvacion, alianza del pacto sempiterno, con el cual el que lo tenga no sufrirá el incendio eterno: *signum salutis, fœdus pacti sempiterni, in quo quis moriens, æternum non patietur incendium*. Con este capcioso aparato pretenden desacreditar la devocion del Carmelo y las indulgencias del escapulario, calificándolas como una de aquellas supersticiones hijas del error, y seductoras del pueblo ignorante, contra las cuales han declamado siempre los obispos, y la Iglesia las ha condenado. Estas son substancialmente las objeciones con que los

enemigos del Carmelo se lisonjean haber triunfado de su culto. Mas si desarrollamos estos débiles reparos, llenos de dolo y de impostura, conoceremos facilmente, que la devocion de estos cofrades es muy conforme á la doctrina de la Iglesia, sin oposicion alguna á la severidad del evangelio ni al espíritu de penitencia. Aún necesito vuestra atencion por algunos momentos.

Nada mas religiosamente observado por los católicos en el culto é invocacion de los santos, que la regla de fe que en esta parte nos ha enseñado la Iglesia. Esta piadosa madre, dirigida siempre por el Espíritu Santo, ha reclamado y prohibido en todo tiempo las devociones supersticiosas y la zizaña que el hombre enemigo ha procurado sembrar entre los fieles, con el fin de profanar nuestras solemnidades. La Iglesia, repitió, distingue en sus oraciones el culto que

da al Sér supremo, principio y origen de toda gracia y bien perfecto, de aquel con que invoca en sus necesidades la proteccion de los santos, á quienes el Señor ha coronado. Damos á Dios el culto de *latría*, en señal de su dominio supremo, y como un homenaje que no puede atribuirse á criatura alguna por excelente que sea. Á los santos damos el culto de *dulia*, como cierta especie de veneracion y de respeto, con que invocamos su proteccion para con Dios, á fin de que por su intercesion acceda el Señor á nuestras súplicas; así como invocamos la proteccion de los validos del soberano de la tierra para obtener sus gracias. Á María santísima, que por Madre de Jesucristo y por su santidad hace una gerarquía entre Dios y los hombres, tributamos el culto de *hiperdulia*, inferior al del Sér supremo, y superior al de los ángeles y san-

tos por su mayor dignidad y su estrecha alianza con Dios; sin que por esto esperemos de su beneficencia otra cosa, que su mas poderosa intercesion y su mayor influxo para con el Señor. Esta es la doctrina que sobre este dogma enseña la Iglesia católica á sus hijos. Pero no tiene la delicadeza de alarmar á los verdaderos fieles, reprobando las expresiones de tierna piedad, con que á veces invocan á la Madre de misericordia, ni forma tanto escrúpulo como los enemigos de su culto sobre la precision teológica de los términos con que la invocan sus devotos. Acerca de lo cual decia el venerable Escoto: cuando trato de alabar á la Virgen Madre, mas bien quiero excederme, que faltar á la alabanza que le es debida.

¿Mas para qué me detengo y os molesto? Si los enemigos del escapulario procedieran sin dolo y de

buena fe, ¿se escandalizarian de este culto? ¿No lo verian apoyado en el evangelio, en los concilios y en la Iglesia? Sí señores; el evangelio, dice un sabio, justifica las alabanzas que damos á María; ó por mejor decir, solo el evangelio la elogia dignamente con la magnificencia que le es debida. El evangelio nos hace conocer nuestra debilidad para elogiarla, y nos hace confesar con S. Bernardo, que los elogios mas pomposos son inferiores á su alteza, porque solo pertenece á Dios elogiar debidamente esta obra singular de sus manos. Yo no hablo aqui de la ilustre sangre que corre por sus venas, ni de los patriarcas, los reyes y profetas sus progenitores. Todas estas son grandezas frágiles de la tierra. Pero sí digo con el evangelio, que María es Madre de Jesus, y de Dios por consiguiente. ¡Qué alteza, qué dignidad! señores. ¿Qué expresiones,

qué elógios podrán compararse á este que dictó el Espíritu Santo?

¡María, Madre de Jesus! ¿Quién medirá la elevacion, la profundidad y latitud de esta encumbrada montaña, montaña de Dios, montaña donde habita el Señor con complacencia? ¿Quién no divisa ya este animado promontorio de gloria y de esplendor, elevado sobre otros de admirable altura, es decir, de los ángeles, arcángeles, querubines, serafines, tronos, dominaciones, potestades, de una vez, sobre todo lo que no es Dios? ¡María, Madre de Jesus! ¿Qué rasgos de potencia, de magestad, de gloria nos presenta la fe en este inefable misterio? Formemos idea por su estrecha union con Jesucristo. No es esta una simple union de sociedad ó de afinidad. Es una union de consanguinidad que la constituye, dice S. Agustin, de una misma substancia, de una misma car-

ne, de una misma sangre con Jesucristo. Vínculo tan estrecho, que como el hijo en lo humano no puede representarse sin madre, Jesucristo no puede concebirse sin María; y como el hijo es una porción de su madre, Jesucristo es una porción de María, la cual puede decirle con verdad: vos sois mi Hijo muy amado, á quien con tanta verdad engendré en la plenitud del tiempo, como vuestro Padre celestial os engendra eternamente en el esplendor de los santos.

¡María, Madre de Jesus! ¡Qué incomparable perfeccion no la comunica el Padre Eterno! Para que en el modo posible la conozcamos, nos eleva S. Bernardo hasta el trono de Dios, para que allí contemplemos la generacion del Verbo. Ved, nos dice, la admirable analogía ó proporcion que hay entre la eterna fecundidad del Padre y la misteriosa maternidad de María. Si el

Padre engendra á Jesucristo de su propia substancia, María lo concibe de su propia sangre: si el Padre lo engendra por el conocimiento de su inefable grandeza, María lo concibe por la humilde confesion de su nada: si el Padre lo engendra de un modo incomprehensible, María lo concibe de un modo milagroso: si el Padre lo engendra semejante y consubstancial á sí mismo, María lo concibe semejante á sí misma y á su Padre: si el Padre, en fin, divide con María los derechos que tiene sobre Jesucristo, María asimismo divide con el Padre los derechos que en cierto modo tiene sobre su Unigénito.

¡María, Madre de Jesus! ¡qué altísima dignidad! ¡A vosotros, ángeles, comunicó el Padre la pureza; á vosotros, profetas, comunicó sus luces; á vosotros, reyes, comunicó su magestad; á vosotros, héroes y conquistadores, comunicó el poder! ¡Con

vos sola, ó santa Madre de Dios, dividió, para decirlo así, su divina fecundidad! ¡Vosotros, ángeles, fuisteis embajadores de Jesucristo; vosotros, profetas, fuisteis sus pregoneiros; vosotros, justos del antiguo testamento, fuisteis sus figuras; reyes y jueces de Judá, vosotros fuisteis sus ascendientes; pero María, mas privilegiada que vosotros todos, vino á ser su verdadera Madre! El seno de una Virgen viene á ser en cierto modo tan luminoso como el del Padre celestial, porque engendró al mismo Verbo en sus entrañas. ¿Qué alabanza pues no será inferior á esta inefable dignidad, que atribuye á María el evangelio? Con la misma la proclaman los concilios.

Pero yo me dilatara demasiado si quisiera producir sus testimonios. Basta traer á la memoria el de Efeso Ecuménico, en el cual fue condenado Nestorio, que osaba negar

á María la dignidad de Madre de Dios, en cuya ocasion dictó el concilio el *Ave María*, añadiendo algunas otras á las palabras con que el ángel del Señor la anunció la encarnacion del Verbo. ¡Con qué entusiasmo de piedad no aprobó en este momento la proteccion de María la Iglesia universal! ¿No aprobaron estos padres el socorro de la Madre de Dios en la vida y en la muerte, como lo practican en el día los cofrades del santo escapulario, y los fieles todos? ¿Con qué fundamento pues podrá decirse que esta devocion es injuriosa á Jesucristo, y opuesta al espíritu de la Iglesia? Porque se atribuye demasiado poder á María, dicen los enemigos de este culto; porque al escapulario se le nombra signo de salvacion, y alianza ó gage del pacto sempiterno. ¡Mas ah! desentrañemos este caballo troyano, que es el principal Aquiles en que confian los enemi-

gos del Carmelo, presentando esta objecion con cierto aire de triunfo. La brevedad de un elógió panegírico no me permite presentar á la defensa de estas expresiones á los padres de la Iglesia, que consagraron sus obras al culto de la Madre de Dios. Hablo de los Ambrosios, Cirilos, Anselmos y Bernandos. Acaso osarán tacharlos por devotos apasionados y decididos por la Señora. Presentaré pues al grande Agustino, cuyas obras ha coronado la Iglesia, y son respetadas hasta de los mismos hereges, que trabajan inútilmente por traerlo á su partido. ¿Negaba por ventura este padre que solo Dios es el origen de donde dimana todo bien perfecto? ¿Negaba que solo Jesucristo es para con Dios el medianero de propiciacion? ¿Ignoraba por ventura que todos los santos, y aun la misma Virgen María solo hacen oficio de intercesores para con el

Señor? Nada menos. Sin embargo en uno de sus sermones lleno de confianza en la proteccion de María, clama este santo doctor con las siguientes expresiones: *ayúdanos, socórrenos, única esperanza nuestra*: expresiones equivalentes á las que tanto escandalizan á los enemigos del santo escapulario, por faltas de precision teológica. ¿Si ignoraria San Agustin el espíritu de aquella célebre oracion adoptada por la Iglesia, y con tanta frecuencia en las sufragias: "santa María, socorre á los miserables, ayuda á los pusilánimes, alienta á los afligidos... sientan todos tu ayuda cuando celebran tus solemnidades é invocan tu patrocinio?" ¿Osarán los enemigos del Carmelo acusar por esta oracion á la Iglesia, porque no está perfectamente ajustada á la pretension teológica? ¿Será delatable al severo tribunal de los críticos esta misma Iglesia, cuando del po-

40. SERMONES VARIOS
der de María afirma que ella sola ha destruido todas las heregías en el universo?

¿Qué mas? ¿No leemos en la santa escritura expresiones, que entendidas gramaticalmente, y en rigurosa precision teológica, se oponen á la fe? ¿No dice un profeta, hablando á un monarca impío, *redime tus pecados con limosnas? Peccata tua eleemosinis redime.* ¿No dice el evangelio: perdonad y seréis perdonados? *Dimittite, et dimittetur vobis.* ¿No dice asimismo: el que creyere y fuere bautizado, será salvo? *Qui crediderit, et baptizatus fuerit, salvus erit;* con otra infinidad de antilogias. ¿Quiere esto decir, que bastará dar limosna para expiar los pecados; que bastará perdonar las injurias para ser perdonado de las culpas; que bastará creer y estar bautizado para salvarse? ¿Nos dispensan estos divinos oráculos y otros semejantes del

PANEGÍRICOS Y MORALES. 41
cumplimiento de nuestros respectivos deberes y de las buenas obras, con que perseverando hasta el fin, debemos alcanzar la corona de justicia que nos tiene Dios prometida en premio de la observancia de su ley? ¿O será necesario, segun la lógica de nuestros críticos, calificar estos oráculos de injuriosos á la religion, porque á primera vista parece nos dispensan del espíritu de penitencia y del exercicio de las buenas obras, sin las cuales es la fe muerta segun la escritura? ¿O será necesario acusar por supersticiosos, preocupados y fanáticos á los padres y doctores de la Iglesia, que afirman ser imposible se condene un fiel devoto de María? ¿Y qué juicio formarán nuestros críticos al verla proclamada por la comun de los padres, como árbol de la vida, fuente de la gracia, puerta del cielo, mediadora con el Mediador, redentora con el Redentor, vícti-

ma con el Cordero sin mancha? Si todas expresiones pues, aunque al parecer poco arregladas á la precision teológica, pueden y deben entenderse en sentido católico, ¿porqué tanto conato en impugnar las que se pronuncian en la devocion del escapulario, llamándole signo de salvacion, gage del pacto sempiterno &c. ? ¿Porqué no podremos entenderlas en un sentido católico, como nos precisa hacerlo con otras de igual ó de mayor fuerza que hallamos en la escritura y en los padres, ya respecto de la moral cristiana, ya en órden al culto y devocion á Maria? ¿Se oponen por ventura las dichas atribuciones del escapulario al cumplimiento de los deberes cristianos, ó al espíritu de penitencia? ¡Ah! oid á san Simon Stok, á quien la señora dió el santo escapulario como signo de salvacion y gage del pacto sempiterno, " Hermanos mios, les dice, hé

aquí promesas magníficas y de mucho consuelo; pero ellas suponen en nosotros una santidad de vida correspondiente á tan singulares favores. Obrad siempre vuestra salud con temor y estremecimiento. El escapulario no nos dispensa de ninguno de los deberes de la religion; antes por el contrario nos impone uno nuevo, á saber, que seamos mas perfectos que los demas." Hé aquí, señores, el espíritu de los cofrades del Carmelo: hé aquí la inteligencia de sus promesas. ¿Destruye este plan las reglas de la Iglesia? ¿Relaxan estas promesas el espíritu de penitencia? ¿Dispensan de los deberes esenciales del cristianismo? Nada menos. Estas promesas é indulgencias concedidas á los cofrades del santo escapulario, como todas las demas que del tesoro inagotable de la Iglesia han concedido á favor de los fieles los soberanos pontífices, suponen co-

mo condicion esencial, que esten verdaderamente *contritos* y *confesos*, y por consiguiente en gracia. ¿Dónde está aquí (reconvento al mas severo crítico); dónde está aquí la supersticion y la relaxacion del espíritu de la Iglesia? ¿Dónde el desprecio del evangelio y la injuria á Jesucristo? ¿Ah! consolaos, hijos del Carmelo: vuestra Madre y nuestra triunfa diariamente del demonio, cuya potencia no hallaba Job con quien compararla sobre la tierra: triunfa, repito, de este dragon infernal con mas fortaleza que Judith de Holofernes, que Jabél de Sísara, que Thebites de Abimelech, que de Seba la muger de Abela, y que de Aman Esther. Consolaos, que la que hizo que la lengua blasfema de Nestorio fuese roida de gusanos, por haberle negado su augusta cualidad de Madre de Dios; la que hizo que el infame Arrio arrojase las entrañas por los intestinos,

por haber negado la divinidad de su Unigénito; la que hizo que el pérfido Coprónimo se abrasase interiormente con un fuego infernal, por haber blasfemado de su pureza virginal; la que hizo fuese atravesado por una saeta arrojada del cielo el apóstata Juliano, por haber calumniado y desacreditado su pureza y su honor; en fin, la que segun el testimonio de la Iglesia ha extinguido todas las heregías, sabrá en tiempo castigar á los enemigos de su culto. Seguid pues, felices cofrades del Carmelo, invocando á María con ternura, y ofreciéndola de corazon un culto aprobado y confirmado por la Iglesia; culto conforme á su disciplina y á su espíritu; culto que ha recibido baxo su proteccion la Reina del cielo y de la tierra, presentando en él á sus verdaderos devotos un signo de salvacion: *signum salutis*.

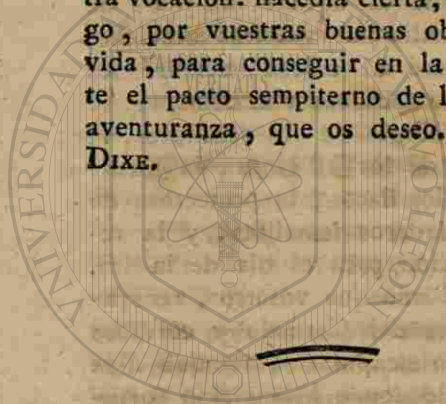
No diré yo por un exceso de

piedad, ó de mal entendida devoción, que María tiene poder de salvar las almas que por un justo é irrevocable juicio ha condenado ya su Unigénito. Esto sería debilitar su poder, y en vez de elógio de María sería una atroz injuria contra el Hijo y la Madre. Pero sí diré, que puede conseguir lo que no pudo Abrahan; es decir, el perdón de una ciudad sacrílega; si diré, que puede mejor que Moysés contener las venganzas del Señor contra un pueblo idólatra. Si diré, que su poderosa intercesion para con Dios debe inspirarnos muchas confianza que las oraciones de Onías y Jeremías á Judas Macabeo. Si diré, que puede mejor que Esther calmar el rigor del divino Asuero á favor de sus devotos. Diré en fin, con toda la Iglesia, que Jesucristo en el seno de su gloria reconoce á María por su Madre, y que inclinado á las súplicas de tan

augusta medianera, la dice como Salomon á Bersabé: pide, madre mia, que no me es permitido rehusar tus peticiones; como si dixera: yo pondré donde os agrade mis ojos de misericordia; á vuestras oraciones suspenderé mi cólera, cerraré los abismos, encadenaré al demonio: sé tú el refugio de los pecadores, el socorro de los afligidos, la fortaleza de los flacos, la protectora de los verdaderos israelitas, y la reconciliacion para el día de la ira.

Resta solo que vosotros, venerables hijos del Carmelo y cofrades del santo escapulario, atendais á la piedra de donde habeis sido cortados. Si os glorias de hijos de Elías, y esclavos de María, vuestra protectora, haced que vuestras obras correspondan á las de vuestro padre y á la gratitud que debeis á vuestra augusta medianera. Seguid las huellas de estos perfectos modelos de zelo, de humildad y de cari-

dad, para obtener las promesas hechas á vuestro santo escapulario. Jamas faltará su cumplimiento, si correspondéis como hijos fieles á vuestra vocacion: hacedla cierta, os ruego, por vuestras buenas obras en vida, para conseguir en la muerte el pacto sempiterno de la bienaventuranza, que os deseo. Amen.
DIXE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INFORMACIÓN



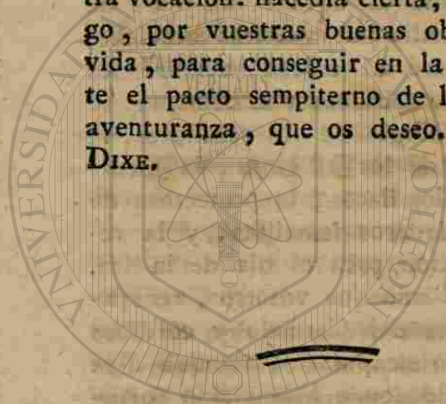
SERMON
PARA LA DOMINICA
DE QUINCUAGÉSIMA,
SOBRE LA FE.

Fides tua te salvum fecit.

Luc. XVIII.

La fe, señores, es un don de Dios sobrenatural, con el cual creemos firmemente las verdades que el Señor nos ha revelado por el órgano de su esposa la Iglesia; y esta misma virtud es el origen de los demas dones, y el fundamento y raíz de nuestra justificacion; pues sin ella, segun el testimonio del Espíritu Santo, es imposible agradar á Dios; pero de ella, añade, vive el justo cuanto
Tomo XVI. D

dad, para obtener las promesas hechas á vuestro santo escapulario. Jamas faltará su cumplimiento, si correspondéis como hijos fieles á vuestra vocacion: hacedla cierta, os ruego, por vuestras buenas obras en vida, para conseguir en la muerte el pacto sempiterno de la bienaventuranza, que os deseo. Amen.
DIXE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SERMON
PARA LA DOMINICA
DE QUINCUAGÉSIMA,
SOBRE LA FE.

Fides tua te salvum fecit.

Luc. XVIII.

La fe, señores, es un don de Dios sobrenatural, con el cual creemos firmemente las verdades que el Señor nos ha revelado por el órgano de su esposa la Iglesia; y esta misma virtud es el origen de los demas dones, y el fundamento y raíz de nuestra justificacion; pues sin ella, segun el testimonio del Espíritu Santo, es imposible agradar á Dios; pero de ella, añade, vive el justo cuan-

Tomo XVI.

D

do la ánima la caridad. Un exemplar de esta verdad constante nos presenta el evangelio del día. Subia el Señor á Jerusalem con sus discípulos, dice S. Lucas, y al acercarse á Jericó, habia un ciego cerca del camino pidiendo limosna; y al oír el ruido de los que pasaban, preguntó qué era aquello. Dixéronle que pasaba Jesus Nazareno; y clamó al punto, diciendo: ¡Jesus, hijo de David, ten misericordia de mí! Los que iban delante lo reprehendian para que callase; pero él clamaba mucho mas: ¡hijo de David, ten misericordia de mí! Paróse el Señor, y mandó lo traxesen á su presencia, y preguntóle al acercarse: ¿qué quieres te haga? y él responde: ver, Señor: y Jesus le dixo: ve, tu fe te ha hecho salvo: al instante vió, y siguió al Señor magnificando á Dios.

Hé aquí, señores, una de aquellas operaciones de Jesucristo que prueban su divinidad; cuyas pala-

bras en la ocasion nos instruyen sobre la eficacia de su divina fe, capaz de curar las enfermedades de nuestro cuerpo y alma cuando está animada de la esperanza y del amor de Dios. No será pues fuera de propósito hablaros en esta hora sobre el carácter de la verdadera fe, para que os sea útil. Si vivieramos en un siglo menos corrompido, pasaria yo con razon por un declamador importuno, si acerca de esta materia os hablase una palabra. Pero como por desgracia vivimos en unos dias lúgubres, en que la mayor parte de nuestros hermanos yacen en tinieblas, ó por haber abjurado de la verdadera fe, ó por estar en ellos cadavérica, es decir, sin obras, he creído ser de mi obligacion tratar en primer lugar de las ventajas que puede procurarnos únicamente la fe; y en segundo las calidades que debe tener para sernos útil. La materia no puede ser mas interesante. Pidamos to-

dos con humillacion las luces del Espíritu Santo por medio de la poderosa intercesion de su augusta Esposa, saludándola con el ángel. *Ave MARIA.*

Fides tua &c.

Á no constar por una lamentable experiencia, ¿quién creyera que la razon humana, concedida al hombre para buscar á su Criador, y rendirle los debidos homenages, haya venido á serle, por falta de reflexion y sobra de orgullo, el enemigo mas nocivo, y que de ordinario lo conduce á su ruina? Como la mayor parte de los hombres han abusado de sus luces, á imitacion de Adan, se han apartado infelizmente de su Dios, y ciegos voluntarios sobre las verdades mas importantes de la religion, han venido á incurrir y adormecerse en los desórdenes mas vergonzosos, en los delirios mas ridícu-

los. Los mayores sabios del gentilismo son una prueba auténtica de esta verdad. Ellos conocieron á Dios, dice S. Pablo, porque sus obras visibles manifiestan su virtud sempiterna y su divinidad, y los hicieron inexcusables. Mas por no haberlo ellos glorificado como á Dios, añade el Apóstol, ni haberlo dado gracias, desvanecidos en sus pensamientos, quedó obscurecido su insensato corazon, y creyéndose sabios, se convirtieron en ignorantes. Mudaron la gloria de Dios incorruptible en semejanza de la imágen de un hombre corruptible, y aun de las aves, cuadrúpedos y serpientes; por lo cual los entregó Dios á los deseos de su corazon y á las pasiones de ignominia. Lo mismo, señores, nos sucederia á nosotros, que á estas gentes sin religion, si no tuviesemos en la fé, dice un sabio, una antorcha que nos iluminase, y una regla que nos dirigiese. Mas ¡ah fé de mi Dios! ¡so-

la tú eres capaz de fixar nuestra mente, y arreglar nuestro corazon! Reflexemos.

Nada mas perjudicial ni mas funesto al hombre que su ignorancia y su inconstancia. Ellas causan en su mente una especie de inquietud, que le hacen vacilar con frecuencia sobre la idea de las cosas que pretende inquirir; y guiado de ordinario por su razon enferma, el mismo deseo y curiosidad de saber le hace discurrir con precipitacion y ligereza sin fixarse en cosa alguna; y desvanecido en sus pensamientos aéreos, ó viene á dudar de todo, como los académicos, ó á palpar por luz las mas densas tinieblas. El continuo trabajo del ingenio mas sublime y fecundo sobre cosas que son superiores á su capacidad, solo sirve de envolverlo en incertidumbres; por manera que vendrá á ser el mas infeliz de los séres, si la fe no lo fixa en lo que es esencial y necesario

creer. Prueba auténtica de esta verdad nos ofrecen los gentiles y los hereges de todos los siglos, que pretendiendo sujetar la idea de Dios y la revelacion á su razon debil y enferma, hán naufragado tan miserablemente en el error. Nosotros los hemos visto, y aun vemos con dolor, divididos en muchos cismas é innumerables sectas, detestándose mutuamente, sin jamas convenirse en los principios de su pretendida religion. ¡Qué de variaciones, qué de extrañas mutaciones en aquel tejido de errores, que miraban en otro tiempo como principios fundamentales de su reforma! Mas no lo extrañeis, señores; pues el insensato no se fixa, y es semejante á la luna en sus mutaciones, como dice el Espíritu Santo.

Sola tú, católica y divina religion, eres invariable en tus máximas, constante en tu doctrina, y centro que fixas la unidad. Venid pues, divina antorcha, que iluminais sin consumi-

ros; venid á dirigir mi espíritu, é iluminad el de todos los que yacen en tinieblas en el Egipto y desierto de esta vida, para que logremos entrar en la verdadera tierra de promision. Tú sola eres capaz de convenir al espíritu de la verdad de lo que cree, reduciéndolo á un punto fixo y determinado, sin permitirle errar, ni desvanecerse en sus incertidumbres. Apoyados en tu infalibilidad, creemos firmemente un sólo Dios en tres distintas Personas: confesamos que todas tres Personas tienen una esencia misma, un mismo entendimiento y voluntad, la misma omnipotencia, infinidad &c.: creemos que este Dios por su providencia equitativa, misericordiosa y justa, dirige y gobierna con fortaleza y suavidad todas las cosas en el cielo y en la tierra: creemos que es remunerador, que sin acepcion de personas castigará á los pecadores, y premiará á los justos: creemos que al vernos in-

ficionados por el pecado de origen de nuestros primeros padres, el Verbo eterno, segunda Persona de la Trinidad beatísima, por un efecto de su inefable bondad y amor al hombre, tomó nuestra humanidad por obra del Espíritu Santo en el vientre virginal de María santísima, para satisfacer á su eterno Padre, y redimirnos del pecado á costa de su preciosa sangre: creemos su gloriosa resurreccion, la institucion de sus sacramentos y el establecimiento de su Iglesia, esta columna y firmamento de la verdad, contra la cual jamas podrán prevalecer las fuerzas del abismo, esta maestra infalible de la fe, por cuyo órgano nos comunica sus verdades, habiéndose dignado quedar sacramentado entre nosotros, para consolarnos con su divina presencia, y alimentarnos espiritualmente con su cuerpo, su alma y su divinidad en el desierto de esta vida hasta la consumacion de los siglos.

Fixo el católico en estas verdades eternas, aunque superiores á su razon, impenetrables é incomprehensibles por el espíritu humano, sujeta su entendimiento, y lo cautiva en obsequio de la fe, se aquieta, se tranquiliza, y cree con mas firmeza lo que Dios le ha revelado por medio de la Iglesia, que lo que tocan sus sentidos, ó le sugieren las débiles luces de su mente; quedando por consiguiente libre de los delirios del pagano y de los errores del cismático, apóstata ó herege. No permitais ¡ó mi Dios! que nos separemos jamas de esta piadosa madre, que nos ha reengendrado en Jesucristo, haciéndonos domésticos y herederos de esta fe divina, que es únicamente la que puede fixar nuestro espíritu en las verdades eternas, y arreglar nuestro corazon para el cumplimiento de los deberes del cristianismo.

“El corazon del hombre, dice un sabio, no es menos difícil de arreglar,

que su espíritu de fixarse. Como es menester obrar conforme á lo que se cree, el corazon es el primero que de ordinario se rebela contra las verdades que le incomodan, y el último en rendirse á ellas. Dominado por la funesta inclinacion que lo conduce al mal, obedece con gusto á la concupiscencia, y por una fatal contradiccion, cuya verdadera causa nos enseña la fe, muchas veces aunque el entendimiento esté ilustrado, está corrompido el corazon.” ¿Cuántas veces conoce el hombre el bien, y obra el mal? La razon en efecto sin la fe solo produce de ordinario orgullo, corrupcion, desorden y oposicion á la gracia: cuya verdad confirma el Apóstol cuando dice, que sin la fe es imposible agradar á Dios: *sine fide impossibile est placere Deo.* El mismo Apóstol escribiendo á los romanos nos pone á la vista los delirios y monstruosos excesos de muchos sabios del paganismo, á pesar

de la sutileza de su razon y vivacidad de su ingenio. ¿Quién ignora los magníficos elógios que daban á las virtudes? ¿No las divinizaban y adoraban por diosas? Admiran las descripciones que de ellas hacen Focílides, Sócrates, Epicteto, Séneca, Ciceron y otros muchos oradores y filósofos. Mas como no vivian de la fe, bien presto su corazon desmentia en sus obras las verdades que pronunciaron sus labios; y perdida la justa idea que de la divinidad y de las virtudes habían concebido, se abandonaron insensiblemente á una corrupcion general, en que no solo naufragó el corazon, sino tambien la mente, obscurecida por la depravacion misma del corazon.

¿Y quién duda nos sucederia otro tanto, si no fuera por el socorro de la fe? ¿Qué seria de nosotros, si nuestras pasiones no tuviesen este freno, ó si ella no moderase nuestros deseos? ¿Cómo podria nuestra

razon sola conducirnos al fin para que fuimos criados? Es verdad que ella nos intima algunos primeros principios naturales, como por exemplo: haz á tu próximo lo que para ti quieres; no le hagas lo que para ti no quieres. Mas esto no basta. Para cortar las profundas raíces de la concupiscencia, es necesaria la fe. Sin el espíritu de la religion no pueden desarraigarse los fundamentos del pecado. Ella no solamente nos obliga á ser dulces, caritativos y benignos en el trato de la sociedad, sino á perdonar á los que nos injurian, á bendecir á los que nos maldicen, á orar por los que nos persiguen, y hacer bien al que nos hace mal. Sin estos requisitos nos falta la caridad, y sin ella estamos excluidos del reino de los cielos.

Yo bien sé que la razon detesta ciertos crímenes groseros y vergonzosos por su deformidad natural. Pero no asi los vicios sutiles, favoritos

62 SERMONES VARIOS

del amor propio, y que lisonjean de ordinario las pasiones del gran mundo. Por el contrario la razon, como observa un apologista de la religion, disimula, justifica y fomenta muchos vicios detestables, calificándolos por inclinaciones inocentes de la misma naturaleza. El luxo del vestido, de la mesa y del juego; la ambicion, la avaricia, el orgullo, los espectáculos profanos, la ociosidad, la desnudez del bello sexó, los bailes entrelazados &c., pasan ya por inocentes, porque así lo exige la razon de estado. Pero la fe, la religion santa condena todos estos desórdenes, por mas públicos y autorizados que se hallen en la sociedad; porque la moral de la religion no prescribe por el tiempo. Ella condena todo vicio, y nos instruye en todas las virtudes; mira con sumo horror aun la sombra del pecado; y como nada hay que haga mas impresion sobre el corazon que la

PANEGÍRICOS Y MORALES. 63

esperanza de las recompensas, se la promete eternas si observa sus mandatos; es decir, si ama á Dios sobre todas las cosas, y al próximo como á sí mismo.

Hé aqui el fondo de la moral cristiana, y las reglas santas que ignoraron los legisladores de la Grecia supersticiosa, de la altiva Roma, y los filósofos del paganismo. Lo mas que ellos hicieron, dice un padre de la Iglesia, fue enseñar á dominar por el temor y por la intriga; pero no reformar el corazon, ni impedir sus deseos criminales: cuando mas, baxo la máscara de algunas virtudes aparentes, han sabido ocultar vicios reales. Además, ¿cuántos de estos pretendidos héroes de la sabiduria pagana, despues de haber por algun tiempo disimulado en público el orgullo de su razon, se abandonaron en secreto á todos los vicios de la naturaleza corrompida? Pero vos; ó fe divina! reformais el corazon, ar-

reglais la voluntad : vos ; religion santa ! nos enseñais que no hay verdadera virtud , sino la que está animada del espíritu de caridad : tú condenas las limosnas dadas por ostentacion , las reconciliaciones hechas por interes ó disimulacion , las devociones que degeneran en supersticion ó hipocresía , las mortificaciones que extenuan el cuerpo , para inflar el corazon y el espíritu. Tú distingues al fiel del infiel , al hijo de la esclava del de la libre ; tú formas cristianos santos é irreprehensibles delante de Dios y de los hombres.

¿ Pero qué digo ? ¿ Quién sino la fe es capaz de instruirnos en las humillaciones del Verbo eterno para obrar nuestra redencion , y satisfacer á la divina justicia ? ¿ Quién sino la fe es capaz de ponernos á la vista el incomprehensible amor de un Dios hombre crucificado por redimir del pecado á su criatura ? ¿ Y quién de vosotros á presencia de tan inefable

beneficio , será tan indolente é ingrato , que no se sienta penetrado y abrasado de amor ácia el autor de tan inestimable misterio ? ¡ Ah , cuándo volveréis vosotros , siglos infelices , en que vimos á tantos héroes del viejo y nuevo testamento , que por medio de la fe , como dice S. Pablo , vencieron reinos , obraron la justicia , alcanzaron las promesas , cerraron la boca á los leones , extinguieron el ímpetu del fuego... y esto á pesar de aflicciones , de persecuciones y tormentos ! Ellos , señores , eran hombres como nosotros ; pero la fe iluminó y fixó su entendimiento , y arregló su corazon. Ojalá que nosotros fuesemos sus fieles imitadores , para no ver con dolor la inconstancia de tantos cristianos en su fe , y su relaxacion en las costumbres , por falta de las calidades indispensables para obtener iguales ventajas : segunda parte de este discurso , que paso á expo-

neros con la posible brevedad.

II. Cuando afirmo que sola la fe es capaz de fixar con solidez el espíritu y arreglar el corazón humano, no hablo de una fe vaga ó inconstante, que agita el entendimiento en continuas dudas, que inclinandolo ya á creer, ya á no creer, lo conduce finalmente á no creer cosa alguna; ni de una fe muerta ó moribunda, estéril y sin acción, que desmiente en la práctica lo que juzga creer en la especulación; hablo de una fe sencilla y humilde, que es la que únicamente puede fixar el entendimiento; de una fe viva, exemplar y aperitiva, sola la cual es capaz de reformar el corazón. Seguidme atentos.

La fe debe ser humilde, dice un sabio; es decir, que es necesario creer las verdades reveladas sin quererlas profundizar; porque discurrir mucho sobre la fe, es quitarle todo el mérito y destruir la idea

que de ella nos da el Apóstol, cuando dice, que es la substancia de las promesas que se esperan, y argumento de unas cosas que no aparecen: *sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium*. La fe, señores, está cubierta de velos y de nubes, hasta que la luz de la gloria nos haga patentes las verdades que creemos. Por este medio hacemos á Dios un sacrificio de nuestras luces, creyendo un solo Dios en tres Personas, la encarnación del Verbo eterno, su muerte, resurrección y demás misterios, que la Iglesia, dirigida siempre por el Espíritu Santo, nos propone.

Mas no penseis por esto que los cristianos damos asenso á los misterios á manera de estúpidos é ignorantes como los infieles, que creen ciegamente y sin discernimiento las extravagancias mas ridículas y sacrilegas. Nuestra fe no carece de pruebas irrefragables. Aunque obscura

de una parte é incomprehensible, de otra es luminosa, y está apoyada sobre la revelacion que nos propone la Iglesia, columna y firmamento de la verdad. Rendimos obsequiosos y cautivamos nuestro entendimiento en obsequio de la fe, sin ser curiosos investigadores de la Magestad, para no ser oprimidos de su gloria; como muchos infelices de nuestros hermanos descarriados, que desvanecidos con la sublimidad de sus luces, y arrebatados de un orgullo insensato, han pretendido analizar los secretos impenetrables de Dios, y reformar la fe de sus mayores. ¿Qué compasion no causa verlos imaginar inconvenientes, y fingir imposibilidades sobre los secretos eternos de la divina Providencia! ¿Avergonzaos, racionadores importunos! Á Pablo arrebatado al tercer cielo se le manifestaron arcaños impenetrables, que protesta él mismo no es lícito al hombre a-

nunciarlos; y vosotros sumergidos en lo terreno, que tocáis con vuestros ojos la propiedad de la piedra imán y el fluxo y refluxo del mar, sin saber en qué consiste, ¿quereis profundizar los secretos de Dios y reformar la creencia de nuestros padres en la fe? ¿Qué delirio, qué temeridad! ¿Quién de vosotros comprehende la union de vuestra alma á vuestro cuerpo? ¿Cómo pretendéis pues, racionar sobre el infame misterio de un Dios hecho hombre? Humillad, os ruego, vuestras luces á presencia de estas augustas tinieblas, que no podeis penetrar, y reverenciad lo que no es dado al hombre comprehender. Huid en fin de los discursos de los pseudo-filósofos de este siglo infeliz, que de todo dudan, de todo disputan, y todo lo niegan en materia de religion, abriendo un camino llano y expedito para el ateismo por medio de la tolerancia: siglo infeliz,

repito, en el cual vemos con dolor aun en medio del cristianismo, una chusma de charlatanes, que osán tratar á lo ridículo la sublimidad de nuestros misterios y la grandeza y profundidad de nuestra augusta religion; pues sin hablar de los incrédulos, espíritus fuertes y materialistas, ¿cuántos doctores temerarios, como reflexiona un célebre controversista, pretenden conformar la revelacion de Dios á sus hipótesis, exponiendo el sentido de las santas escrituras conforme á su capricho, y con la misma libertad que si tratáran de algun autor profano? Pero qué mucho, si mundanos sin carácter, sin estudio, pronuncian y deciden en sus juntas profanas en tono de oráculos de las materias mas abstractas é impenetrables de nuestra religion?

No pretendamos pues, señores, ser mas ilustrados que nuestros ascendientes en materia de fe. Por ella

sabian ellos morir, aun cuando ignoraban disputar: su fe no dependia del suceso de sus reflexiones, sino de la firme persuasion en que vivian, de que Dios, que es la suma verdad, habia hablado, á cuya voz intimada por la Iglesia su esposa, debian humillar sus luces. Así respetaban las sagradas barreras que en orden á la profundidad insondable de sus misterios puso el Señor al espíritu humano. Adobremos pues con un respetuoso silencio lo que el que puso límites al mar quiso ocultar á nuestra débil razon. Desnudémonos de nuestros juicios particulares para sujetarnos al de la Iglesia universal. De esta suerte quedará fixo nuestro entendimiento por medio de una fe sencilla y humilde, capaz asimismo de arreglar el corazon por las operaciones de amor y caridad. Renovad vuestra atencion por un momento.

Si nuestra salvacion, señores, de-

pendiera únicamente de una fe especulativa, dexando á cada uno en libertad de conducirse conforme á sus pasiones y apetitos, nada sería mas fácil al cristiano que salvarse, y su fe sería muy poco méritoria, dice S. Agustin. Mas el evangélio declara será respectivamente corto el número de los predestinados ó elegidos; y el apóstol Santiago da la razón cuando expresamente dice, que la fe sin obras es muerta, *fides sine operibus mortua est.* ¿Pensais que toda la santidad del cristianismo consiste en creer sus misterios? ¿Juzgais por ventura que el mérito de la pasión de Jesucristo y la virtud de su gracia medicinal y victoriosa se reduce á hacernos observar ciertas exterioridades y á la práctica de ciertas ceremonias, que nada real y efectivo mudan de nuestra conducta? ¡Ah! ¿De qué nos sirve, dice S. Gerónimo, estar separados de los judíos y paganos por cuerpo de

réligion, estando unidos por el corazón y las costumbres? ¿Ó de qué podrá servirnos creer como cristianos y vivir como gentiles? *¿Quid prodest christianè credere, et gentiliter vivere?* De nada, señores, sirve nuestra fe para la salud eterna, si no es viva, operativa, exemplar y edificante. Nosotros, oigo decir, tenemos por la misericordia de Dios una fe dotada de estos mismos caracteres: frecuentamos los templos, oímos la divina palabra, ofrecemos diariamente al Señor el sacrificio matutino y vespertino. ¡Ah! no os engañéis, hermanos; Dios no será burlado. Estos deberes y ceremonias exteriores que cumplís, son señales bien equívocas de una fe viva y exemplar, si vuestras pasiones y vicios subsisten, si estais poseidos del espíritu del mundo, si vuestra vida es un tejido de crímenes y un perpetuo círculo del pecado á la penitencia, de la peni-

tencia al vicio sin enmienda de la vida. Todo este aparato exterior que no bastaba para acreditar en la ley de Moisés á un verdadero judío, ¿juzgais bastará para formar un verdadero cristiano en la ley de gracia, de amor y caridad? Vosotros creéis en Dios, yo lo confieso; pero los demonios lo creen, y acaso mas firmemente que vosotros; y sin embargo, esta fe solo les sirve de un estremecimiento natural, inútil para la salud eterna: *dæmones credunt, et contremiscunt*. Vosotros creéis en Dios, dice un sabio, pero hablais y obráis como si no lo creyeseis, ofreciendo á las criaturas un incienso que solo es debido á Dios. Creéis que el Señor se humilló para hacerse hombre, para elevar á éste á una inefable dignidad; pero vosotros solo os ocupais sobre la tierra en ideas de engrandecimiento, de elevacion, de orgullo y de prepotencia. Creéis en la eternidad,

y solo pensais en la vida presente, sin acordaros de la por venir. Vosotros en fin temeis un infierno, y esperais un paraíso; pero sin nada hacer para evitar el uno y adquirir el otro. ¿Qué oposicion tan deplorable, señores, la de vuestro espíritu lleno de las bellas ideas de la religion; y la de vuestro corazón, que exhala el humo pestilente de las pasiones que lo dominan, con injuria de nuestra profesion y de Jesucristo crucificado por nuestro amor!

¡Ah! ¿Cuándo volveréis vosotros, felices tiempos de la primitiva Iglesia, en que las obras del cristiano correspondian á su fe, de la cual vivian los justos? Por la inocencia y pureza de su vida, por el amor á Dios y caridad con el próximo, no dudó S. Justino presentar la apología del cristianismo al emperador Antonino; y Tertuliano se atrevió á decir á los tiranos y per-

seguidores: entrad en las cárceles, y si halláreis que alguno de los presos es acusado de otro crimen que el de haber confesado el nombre de Jesucristo, tened por cierto que no es cristiano. ¿Os aríamos decir hoy otro tanto á las naciones infieles? Examinad, os ruego con el Apóstol, y juzgaos á vosotros mismos, si vivís de la fe. El que vive de ella es un hombre transformado en Jesucristo, separado de todos los vicios, y adherido á todas las virtudes: un hombre, que habiendo renunciado en el sacro bautismo de las obras de tinieblas, de las pompas y vanidades del siglo, vive como muerto y sepultado en Jesucristo; un hombre, que afige su carne rebelde y la reduce á servidumbre á imitacion del Apóstol, para que humillada, ofrezca el debido homenaje á su Dios y Redentor; un hombre, que elevado sobre las alas de la fe, ascienda por la ora-

cion con su mente hasta los pies del trono de Dios, para contemplar su grandeza, su magestad, su bondad y su magnificencia; para darle gracias por sus inefables beneficios, y pedirle lleno de amor y de esperanza los auxilios necesarios para salvarse. Apoyados en estas verdades, juzgad si vivís de la fe: *vos metipso tentate, si estis in fide.* La soberbia de la vida y el espíritu de vanidad que os anima, vuestro luxo ruinoso y adornos indecentes, vuestros trages profanos y desnudez vergonzosa, todos estos vicios y otros que omito por modestia, desmienten vuestra profesion de fe, é injurian el cristianismo.

¿Con qué verosimilitud pues, podreis llamaros hijos de la fe, pueblo de adquisicion, nacion santa? ¡Ah! si atendemos á vuestras obras, con mucha mas razon podreis ser calificados por hijos de Belial, por raza de Amalec, por pueblo incir-

cunciso de corazón, contra el cual ha fulminado el Señor sus terribles anatemas. Fieles en el espíritu é idólatras en el corazón, ¡qué contradicción tan monstruosa! ¿Si habrá llegado el tiempo (señores, yo tiemblo y me estremezco), si se acercará el momento anunciado por San Lucas, en que viniendo el Hijo del hombre, apenas hallará fe sobre la tierra? *¿Verumtamen Filius hominis veniens, putas inveniet fidem in terra?* Temamos se eclipse á nuestros ojos esta divina antorcha, y que nos dexé envueltos en tinieblas y entre las sombras de la muerte, como á tantas naciones desgraciadas.

¡Señor! no nos apliqueis un castigo tan terrible, por mas que nuestros pecados lo merezcan. Dispensadnos vuestras antiguas misericordias. Pecamos, hemos cometido iniquidades, hemos errado las verdaderas sendas, hemos injuriado vuestra fe, conservándola muerta por

falta de las buenas obras, que deben segun vuestra ley acompañarla, para que estando viva por la gracia, pueda fixar nuestro espíritu en las verdades eternas, y arreglar nuestro corazón ó voluntad, haciéndola dócil á vuestros preceptos. Aumentad, Señor, nuestra fe, animándola de vuestro amor y de una gracia victoriosa, que disipe las tinieblas de nuestro entendimiento é inflame nuestro corazón con el fuego divino que viniste á traer al mundo, con el fin de que ardiese incesantemente en el espíritu de los verdaderos fieles. Desde este momento ¡ó mi Dios! detestamos el pecado, imploramos como hijos pródigos vuestra clemencia; y confesamos que solo á Vos se debe el honor, la gloria y la acción de gracias por los siglos de los siglos. Amén. DIXE.

PANEGÍRICO
DE SANTA TERESA.

Omnis gloria ejus filiae regis ab intus. Ps. XLIV.

Toda su gloria viene de su interior.

SEÑORES:

La mayor parte de los intérpretes atribuyen á la Iglesia estas enfáticas palabras del salmo 44; porque contemplan que esta hija del Rey de la gloria, engendada entre los oprobrios del calvario, é ignominia de la cruz del Salvador, no saca su mayor gloria y excelencia de la congregacion exterior de los fieles que

la componen, sino de la union del culto interior que estos fieles dan á Dios, á quien adoran en espíritu y verdad. La magestad del sacerdocio, dice un sabio, la santidad de las ceremonias, la magnificencia de los templos, todo este aparato de la religion sensible y exterior no es otra cosa que la imágen de la religion interior y espiritual, que se oculta en el corazon de los que la profesan. De aquí se sigue, que el corazon viene á ser como sumario ó compendio de la religion; pues si está en gracia, hay en él un templo, donde Dios habita, un altar donde es adorado, víctimas inmoladas, hostias é inciensos ofrecidos; y para decirlo de una vez, la realidad de la religion interior, en que consiste la principal belleza de la Iglesia: *omnis gloria ejus filiae regis ab intus.*

Pero sin violencia alguna pueden tambien aplicarse estas palabras
Tomo XVI. F

bras á la vida cristiana, cuya mayor excelencia, perfeccion y gloria dimana del interior. Por manera, que para juzgar con seguridad del mérito de una vida, es necesario examinar todas las circunstancias en su principio, que es el corazon habitado por el Espíritu Santo; porque es constante que los motivos ocultos del ánimo y sus intenciones secretas son las que comunican la perfeccion ó imperfecciones á los actos humanos segun la moral. Y hé aqui la causa porqué me atrevo á ensayar el elógió de santa Teresa sobre estas palabras del Espíritu Santo. Vosotros no ignorais cuantas falsas alabanzas ha dado mas de una vez la ignorancia á virtudes falsas; cuantos exemplos de moderacion, de dulzura, de continencia, de paciencia y de clemencia no ha ofrecido la antigüedad pagana á nuestros ojos, que examinados á fondo, hallamos tenian orí-

gen de vicios reales, ocultos en un corazon criminal, baxo los velos de la disimulacion, la singularidad ó la hipocresía, y solo manifiestos á Dios.

En vano pues la vida de santa Teresa ofreceria á nuestra vista un cúmulo de obras maravillosas y loables en el exterior, si su esplendor pudiera ser equívoco y sospechoso, por no sacar de su interior la mayor gloria: ni yo me atreveria á publicar hoy su elógió en la cátedra de la verdad, si la Iglesia, que ha examinado la vida milagrosa de esta santa, no la hubiera aplicado con anticipacion las palabras de mi tema, que aunque comunes á las vírgenes en general, convienen particularmente á Teresa. En atencion pues á que la perfeccion de la vida interior consiste en el perfecto uso del corazon, y que este perfecto uso depende de la pureza del ánimo y su continuo exer-

cicio en anhelar por su Dios, no será fuera de propósito si yo os represento á Teresa atenta siempre á purificar su corazon, y á tenerle en continuo movimiento para avanzar la perfeccion: dos breves reflexiones, materia de este elógió y objero digno de vuestras atenciones. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercession de su augusta Esposa. Saludémosla humildes con el ángel del Señor. *Ave María.*

Omnis gloria &c.

El primer exercicio de un alma que busca á Dios, debe ser purificar su corazon, despojándolo de afectos criminales y de la levadura contagiosa del amor propio, capaz de corromper toda la masa ó substancia de un recto corazon. El Señor habia formado el de Teresa, exénto y libre de ciertas debilida-

des ordinarias en las de su sexó: la habia, digo, dotado de una bondad generosa y compasiva, y de un valor invencible, capaz de emprender y executar los mayores proyectos. Mas sobre todo, dice un autor de su vida, tenia un corazon á propósito para un amor noble y heróico, que libre de las debilidades vergonzosas, que tantas veces corrompen la perfeccion y nobleza de esta pasion, no era otra cosa en el corazon de Teresa que una fuerte inclinacion, capaz de entregarse toda entera á su amado.

¡Qué triunfos, señores, no consigue la gracia cuando halla ánimos tan bien dispuestos para recibir sus divinas influencias! Juzgado por el exemplo de Teresa. Los primeros movimientos de su corazon ¿no fueron ardientes deseos del martirio? ¿No emprendió con este fin su viage al Africa, para buscar ocasion entre los moros de der-

ramar su sangre en defensa de la religion de Jesucristo, cuando las jóvenes de su edad apenas tenian de ella una leve tintura? ¿Y si Dios, que la destinaba para modelo de santidad, no hubiera impedido su generosa resolucion, las primeras muestras de su amor no hubieran empezado por lo que hay mas perfecto y mas heróico en la religion, es decir, por el martirio?

Mas á pesar de una prueba tan heróica de su amor á Jesucristo, su divina Providencia, cuyos juicios son impenetrables, permitió incurriese en una fragilidad, origen de sus continuas lágrimas en lo sucesivo, como ella misma confiesa. Permittedronla leer algunos libros de aquellos que pintan las pasiones con los mas vivos colores, y que ocultan el vicio baxo el velo de educacion. Teresa, cuyo espíritu penetrante le manifestaba la belleza y energía de estos escritos, no tanto los miraba

como materia de diversion, sino como una ocupacion séria é inocente, sin advertir que insensiblemente la conducia á la orilla del precipicio. Agregóse á este peligro la amistad de una parienta, que solo trataba de las diversiones y manejos del gran mundo. Por manera, que ya no la disgustaban aquellas amistades, que baxo el velo de trato de gentes puro é inocente, suelen ocultar una secreta corrupcion del corazon humano. Tales eran los lazos en que estaba enredada esta inocente paloma.

Pero Dios, que sabe sacar luz de las tinieblas mismas, y que humilla á sus escogidos para exáltarlos, permitió estos incidentes para purificar el corazon de su sierva. La casa religiosa en que la entraron sus padres para separarla del mundo, la hicieron perder en breve las funestas impresiones que habia en él concebido. Apartada del comer-

cio de las gentes, despojada de todas las pompas y complacencias que ofrece el mundo encantador, conoce su vacío y vanidad; derrama copiosas lágrimas al acordarse del inminente riesgo de perderse en que había estado; una larga y peligrosa enfermedad, que le hizo conocer la vanidad del siglo, como sepultada entre las sombras de la muerte, en que debe terminar; los violentos y dolorosos esfuerzos que hizo en casa de sus padres, para deshacerse del amor de las criaturas y consagrarse enteramente á Dios en la flor de su edad; ¿no son otras tantas pruebas luminosas, que sirvieron en los designios de Dios, para purificar el corazón de Teresa de las afecciones de la carne, de la sangre, y sobre todo de la independencia y estimación propia, que son dos grandes escollos de la vida espiritual?

Para preservativo de estos dos

poderosos obstáculos se armó Teresa con el escudo de la obediencia y de la humildad. Con el socorro de estas virtudes fundamentales de la piedad cristiana purificó su corazón de todo afecto terreno. Oid cómo se explica la Santa acerca de la obediencia. La alta perfección, dice, no consiste en las consolaciones interiores, en las visiones, raptos y dón de profecía, sino en conformarnos de tal suerte á la voluntad de Dios, que no pongamos diferencia entre lo dulce y lo amargo, cuando nos es presentado por sus manos. Fuera de esta voluntad general, que el Señor ha manifestado á los hombres con respecto á la ley que les ha intimado, hay otra voluntad especial para cada uno de sus escogidos, que consiste en la senda particular por donde la divina Providencia los conduce al grado de perfección á que los destina, en cuya inteligencia ha-

ce el sabio consistir la prudencia de la salud: *sapientia callidi est intelligere viam suam*. Acerca de lo cual debemos tener presente, que no podemos conocer con seguridad esta senda oculta y casi imperceptible, como reflexiona un místico, sino por medio de los superiores, á quienes Dios ha dado parte de la autoridad y luces destinadas á su Iglesia, para que nos manifiesten é intimen sus voluntades. Por manera, que las almas que se conducen por su propio espíritu estan siempre en evidente riesgo de perderse, principalmente aquellas, cuya senda tiene algo de singular y extraordinario. Todas pues deben estar sujetas á la obediencia de los directores y prelados superiores de la Iglesia.

Apoyada en este sólido principio que inculca santa Teresa en sus obras, arregló la conducta de su vida. Meditaba con frecuencia el exem-

plo de Jesucristo, obediente hasta la muerte. Contemplaba el augusto sacrificio de la cruz, este fecundo origen de infinitas gracias, al cual se ofreció voluntariamente el Hombre Dios, por obedecer á su Padre celestial, para redimir al hombre con el precio infinito de su sangre. De aqui la veneracion profunda de Teresa á las potestades eclesiásticas, el sumo respeto á las ceremonias de la religion, la obediencia rendida á sus directores: de aqui la pública exposicion de su vida al exámen de la Inquisicion de España, y aquel voto célebre que hizo de obedecer en todo al santo y hábil director que Dios la habia destinado; de aqui en fin aquella precaucion de no emprehender jamas cosa alguna, aun para el culto de Dios, sin haber antes informado á los obispos del territorio. Sobre la exáctitud de Teresa en esta parte y su rendida obediencia es digno

de admiracion el siguiente caso.

Habíala Dios revelado convenia á su honra y gloria estableciese en cierta ciudad un convento de su órden: opónese el obispo de la diócesis, y Teresa suspende la execucion de la voluntad de Dios, que sabia por revelacion, para seguirla en la disposicion de su ministro. Verdadera imitadora del patriarca Abraham, que lleno de confianza en las promesas del Señor, no dudó marchar al punto á sacrificar su hijo único, en quien le habian sido hechas; Teresa llena de fe dexa á la Providencia el cuidado de preparar la construccion del monasterio que Dios la habia revelado, y se sujeta con humildad á la autoridad del superior que en la ocasion lo rehusa. Como conocia la excelencia de esta virtud divina, uniendo al exemplo sus exhortaciones, decia á sus religiosas: tened presente que la obediencia no solo es el

camino mas corto, sino el mas seguro para la perfeccion. ¡Vos, Dios mio, disponeis las cosas de tal suerte, que sin saber cómo, nos hallamos por medio de la obediencia que suple por todo, mas perfectas y mas espirituales.

Por esta entera renuncia de su voluntad propia purificó su corazon Teresa de todos los motivos imperfectos que se mezclan de ordinario en las buenas obras: por medio de esta humilde sumision recibia del Señor muchos consuelos interiores; y por esta via pudo sufrir sin impaciencia ni murmuracion aquellas largas sequedades con que Dios la probó. Jesucristo sobre la cruz era el exemplar de su pácienza en sus desconsuelos, y el modelo de su conformidad con la voluntad del Señor.

Jamas justo alguno sufrió una prueba mas larga y mas rigurosa de esta substracion de gracias sensibles que Teresa. ¡Almas justas! represen-

táosla durante muchos años en este estado, tanto mas exácta en cumplir con sus deberes, quanto menos consolaciones recibia; orando con frecuencia, ayunando, mortificando su carne sin recibir dulzura alguna sensible, sostenida únicamente por una fe heróica y una perfecta obediencia, que residian en la parte superior de su alma, y que la servian de muro inexpugnable contra los asaltos de la aridez, disgusto y desconfianza. Tan altamente persuadida estaba á que es mejor la obediencia que la víctima, segun la expresion del Espíritu Santo.

Á esta rendida obediencia unia Teresa la mas profunda humildad. Dios siempre justo, siempre misericordioso, en recompensa de haber probado á su sierva por mas de diez y ocho años en la mayor sequedad y desolacion, haciéndola vivir de la fe, se dignó visitarla con las mas dulces y repetidas consolaciones. Pe-

ro mientras mas era favorecida del Señor, mucho mas se humillaba, sin cesar de trabajar por su eterna salud entre la esperanza y el miedo, conforme á la máxima del Apóstol. Su humildad le ocultaba las virtudes, y solo la hacia ver aquellas imperfecciones que son casi inseparables de la naturaleza corrompida. Este justo temor de ilusion la hacia consultar á los directores mas hábiles. Dios, que queria exáltarla por medio de la humillacion, la permitió consultar y sujetar el estado de su vida á dos personas de notoria erudicion y piedad. ¡Qué incompreensibles son, Señor, los designios de vuestra providencia! Ambos por temor de la novedad de una vida tan singular, atribuyen á ilusion y engaño del demonio (que sabe transformarse en ángel de luz) todo lo que el espíritu de Dios obraba mas digno de admiracion en nuestra santa. Por consiguiente la mandan resistir con

todas sus fuerzas á las impresiones del Espíritu Santo, y cerrar su alma á todas aquellas consolaciones interiores. ¿Qué mas? Se le prohíbe la oracion, haciéndola mirar como origen de las que creian ilusiones.

¿Qué conflicto, señores, para el corazon amante de Teresa! ¿Qué prueba tan dura! ¿Pero qué mayor prueba de su humilde obediencia á los directores de su espíritu! ¿Quién no se admirará al verla graduar las apariciones del mismo Jesucristo, de fantasmas animadas por los demonios, y resistir con la señal de la cruz al Hombre Dios crucificado? ¿Qué nuevo género de combate en su corazon entre la gracia que lo penetra é inunda con una dulzura sensible, y la obediencia que la hace mirar como sospechoso este favor divino! En esta dura lucha se propone Teresa conservar la sumision á los superiores, pero sin renunciar la gratitud á las caricias de su Esposo. La

resistencia forzada que oponia á las operaciones de Dios, dice un sabio, no la impedian ser colmada de consolaciones; y estos mismos consuelos que recibia sin saber cómo, no la privaban del mérito de su humilde obediencia; y tomando un partido admirable en coyuntura tan delicada, decia: si es el demonio que pretende engañarme con sus ilusiones, yo de mi parte me esforzaré á burlarlo por una piedad sincera; y este espíritu maligno, que solo emplea sus astucias porque abandone la virtud, detendrá el curso de una persecucion tan contraria á sus deseos, cuando vea que todos sus artificios solo sirven de hacerme mas aplicada á mis deberes.

Asi permaneció por algun tiempo. Pero el Señor no permitió que una esposa tan fiel desfalleciese en una senda tan tenebrosa y llena de confusion. Suscitó uno de estos hombres célebres por su santidad y sus luces,



capaz de discernir las operaciones de su divino espíritu en esta alma escogida, y de asegurarla y consolarla en una aflicción tan extraordinaria. Este fue S. Pedro de Alcántara, quien (después de haber hecho Dios pasar á Teresa por las duras pruebas del fuego y del agua) la desengañó y consoló, significándola que ya el Señor se dignaba conducirla al refrigerio de la paz. ¡Qué lección tan importante de obediencia y de humilde conformidad á los designios de Dios no debe concebir vuestro espíritu en lo que acabais de oír! ¡Cuánto sería de desear, que todos los que os habeis unido en este templo á oír elogios de santa Teresa, no contentos con ser ociosos admiradores de sus virtudes y rara santidad, arregláseis vuestra vida sobre su exemplo, para purificar vuestro corazón por medio de una fe humilde, de una obediencia y perfecta sumisión á los designios adorables de Dios, que prueba

á sus escogidos para exaltarlos, y que solo nos pide un corazón contrito, humillado y en continuo movimiento, para unirsele como el de Teresa. Segunda parte de su elogio. Seguidme sin desmayar.

II. El corazón, señores, es un cierto principio de la vida natural, y cuando está adornado con la gracia es como una especie de tabernáculo de la vida espiritual. De aquí se sigue, que siendo necesario el movimiento ó agitación del corazón para conservar aquella primera vida, es igualmente indispensable que se mueva con frecuencia ácia su Dios, para conservación y aumento de la vida espiritual. Este movimiento consiste esencialmente en el amor. Verdad constante que S. Juan nos intimó, cuando dice: el que no ama, está muerto: *qui non diligit, manet in morte*. Este amor, como reflexiona un místico, debe estar en el orden y grado que Dios le ha prescrito;

porque así como los movimientos del corazón, interrumpidos ó desarreglados, turban la economía del cuerpo humano, y causan las fiebres y desfallecimientos que conducen á la muerte, del mismo modo los desarreglos é interrupciones del amor divino trastornan todo el órden que Dios ha establecido respecto del hombre espiritual, suspenden su progreso en la virtud, y forman estas pasiones peligrosas, que S. Ambrosio llama fiebres del alma, porque la consumen y devoran en lo espiritual de su adorno. La regla y la medida de este amor no pueden ser perfectas si no tienen por objeto la gloria de Dios y el bien del próximo.

Hé aquí, señores, el continuo ejercicio, el perpetuo movimiento del corazón de Teresa. Mas ¡ó mi Dios! ¿quién es capaz de exponer los deliquios de esta vuestra esposa, herida y enferma de vuestro amor, como la de los Cánticos? Hablo de

aquellos desfallecimientos espirituales, en que mas de una vez le hacia caer la dulce violencia de vuestro amor; de aquellas tiernas y amorosas lágrimas con que desahogaba su corazón, protestando su falta de gratitud y de reconocimiento á los favores de su amado Esposo; de los fuertes transportes de su alma ácia su Dios, que la conducian, por decirlo así, hasta las puertas del cielo, y que la hacian gemir con tristeza, como los israelitas sobre los rios de Babilonia, á vista de la celestial Sion: de esta especie de convulsion que padecia su alma, purificada ya y confirmada en gracia, buscando únicamente, como se explica el real Profeta, su centro y su saciedad en la gloria. De estos.... Mas aun cuando yo fuese capaz de hacer una perfecta descripcion de las agitaciones y continuos movimientos del corazón de Teresa ácia su Dios, ¿no seria en gran parte ha-

blar de colores á un ciego?

¡ Ah! ¿ qué juicio formarían de este language del amor sagrado aquellas personas sensuales, que estan resueltas, como se explica un profeta, á tener siempre fixos sus ojos sobre la tierra? ¿ Qué entenderían aquellos que estan como absortos y sepultados en la consideracion de las cosas terrenas y perecederas, sin levantar jamas sus ojos, y su mente al cielo? Nada digo de aquellos, que entregados totalmente á las pompas y vanidades del siglo, á la soberbia de la vida, á la ambicion y demas pasiones vergonzosas y violentas, que deshonran el cristianismo, viven como si no hubiera eternidad ni un Dios remunerador, que juzgará un día á cada uno segun el mérito de sus obras, haciendo rodar á los pies de su trono á los que no le han amado en vida. Vosotras, almas justas, á quienes el Señor ha revelado el precio de su amor, comprehendeis bien

este idioma, el mérito del incendio de su corazon, y los favores admirables que ha recibido de su amado; y esto mismo debe servir de exemplo y de modelo para cumplir con perfeccion este primero y máximo precepto de la ley, y adelantar en la virtud.

Por lo que á vosotros hace, los que vivís en el mundo, aplicados á los estados honestos é indispensables de la sociedad, no penseis que la mano de Dios está abreviada. Todos en efecto podeis y debeis con su auxilio rendir al Señor el debido homenaje. Á este fin os presento una breve instruccion, sacada de las obras de santa Teresa. Esta doctora de la Iglesia, apoyada sobre aquella sentencia de S. Pablo: *cuando comeis, cuando bebeis, cuando hagais cualquiera otra cosa, tened presente á Dios, y hacedlo todo en su nombre*, nos intima dos principios, capaces de purificar los movimientos del corazon. El pri-

mero es, que siendo nuestro corazon formado para Dios, debemos referir al Señor todo lo que amamos fuera de él: es decir, que amemos las cosas en Dios, por Dios y para Dios, mirándole siempre como origen y fin de todas las cosas. El segundo principio consiste en regular todos nuestros afectos por el amor arreglado de nosotros mismos. Hay, dice S. Agustín, un amor propio, que es un verdadero ódio; y hay un santo ódio de nosotros mismos, que es un verdadero amor. El que todo lo concede á sus pasiones, se ama mucho menos que el que las rehusa. Este con efecto se ama con verdad; porque el verdadero amor de sí mismo consiste en solicitar verdaderos bienes, y huir de los verdaderos males. Fixad estos principios en vuestro corazon, y no tendreis otro objeto en vuestras acciones que la gloria de Dios y el bien del próximo, á imitacion de Teresa.

¿Quién pudiera detenerse á exponer aquí con extension las diferentes maravillas que obró la ardiente caridad de nuestra santa! ¿Qué no podria deciros de aquel heróico esfuerzo que la animaba á pasar de una grande empresa á otra, dándola á veces vigor las mismas dificultades? ¿Qué de aquella paciencia é invencible constancia que la sostenian en sus mayores apuros, y que la hacian esperar en paz el cumplimiento de las promesas de Dios, aun cuando en apariencia se representaban imposibles? ¿Qué de aquellas expresiones abrasadas de amor divino, que encendian por todas partes centellas de fuego sagrado, con que movia los corazones á penitencia? ¿Qué de aquellos consejos, llenos de sabiduria y de prudencia, que dexó en sus obras á los superiores para la direccion de las almas que la Providencia confió á su conducta? ¿Qué de estos exemplos tan edificantes, de

106 SERMONES VARIOS
estas exhortaciones tan vivas, de estas oraciones tan fervorosas?

¿Mas quién podría reducir á un discurso lo que los historiadores de su vida apenas han podido compendiar en grandes volúmenes? ¿Cuántas veces desfallecia con David á vista de la multitud de pecadores que violaban la ley de Dios, y de la amarga paz con que yacian en tinieblas y entre las sombras de la muerte eterna? ¿Quién podría describir los gemidos dolorosos que arrojaba en su soledad esta inocente paloma, al considerar, dice un sabio, los daños que causaba la heregía en este siglo desgraciado, en que al parecer habia el Señor abandonado por algun tiempo su herencia al furor de sus enemigos? ¿Qué torrente de lágrimas no derramaba al considerar la multitud de templos profanados y arruinados por los hereges? ¿Qué movimientos de santa indignacion no agitaban su corazon

PANEGÍRICOS Y MORALES. 107
al considerar las injurias que hacian á su dulce Esposo en el trono de su amor al hombre y de sus misericordias? ¿Qué espectáculo de tanta afliccion para el corazon compasivo y caritativo de Teresa!

¿Qué no podría deciros para complemento de este elógio del zelo y ardiente caridad de Teresa en la grande obra de la santa reforma del Carmelo? Mas dilatarme mucho seria abusar de vuestra atencion. Baste traer á vuestra memoria, que una sola muger enferma, pobre, impedida á veces por los príncipes eclesiásticos y por los seculares, sin mas auxilios que su infatigable zelo, y la gracia de Dios que la sostenia, fundó treinta y dos monasterios baxo una regla austérra, prudente y santa, que tan copiosos y hermosos frutos ha dado á la Iglesia, á pesar de la corrupcion del siglo. Baste añadir que este sublime zelo de Teresa por la casa y gloria del Señor, y su

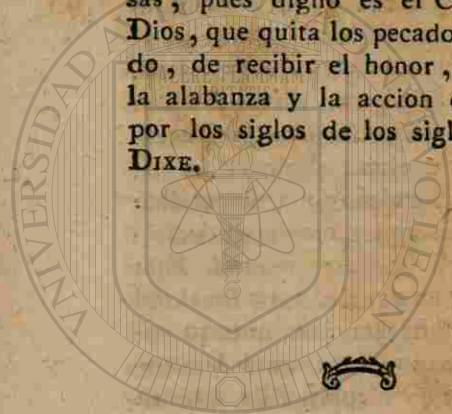
ardiente amor al próximo, era una especie de flecha encendida que devoraba su corazón. De este incendio de caridad dimanó aquel su árduo voto de hacer siempre lo mas perfecto. Por manera, que cuando se la presentaban dos actos de virtud, obraba siempre el mas heroico. Por esta constante preparacion de su voluntad, amaba á Dios sin límites ni medida, conforme al consejo de S. Bernardo, y al próximo en Dios y por Dios, con la mas tierna compasion y caridad. ; Qué hermosos fueron, ó mi Dios, los pasos de esta doctora de la paz, del amor y de la caridad! Su corazón conservó hasta el fin una entera y perfecta pureza de intencion para agradar al Señor únicamente; y para amarle sin reserva y sin division, tenia en continuo movimiento su corazón ácia su Dios: *omnis gloria ejus filie Regis ab intus.*

Solo resta, señores, que no sea-

mos ociosos admiradores de las heroicas virtudes y admirable santidad de Teresa. Su pureza de intencion, el buen uso de su corazón y potencias, su constante aplicacion al amor de Dios y bien del próximo, que segun el espíritu de la religion debe servirnos de modelo para arreglar nuestra vida; si no la imitamos, nos servirá de una terrible confusion en aquel momento decisivo de nuestra suerte eterna. Ella misma será en aquella hora fiscal del mal uso que hacemos de nuestro corazón, amando únicamente las cosas terrenas y frívolas. Ella acusará nuestra desidia y negligencia en buscar las sendas de la salud, el abandono del Señor y desprecio de sus gracias por una vil criatura, por un interés despreciable, por un vano fantasma del mundo, de sus pompas y frivolidades. Abandonad, os ruego, esas cisternas de aguas corrompidas, y buscad, como Teresa,

las aguas saludables de Jesucristo, que saltan hasta la vida eterna, amándole de corazón sobre todas las cosas; pues digno es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, de recibir el honor, la gloria, la alabanza y la acción de gracias por los siglos de los siglos. Amen.

DIXE.



SERMON MORAL

SOBRE LAS AFLICCIONES.

Joannes in vinculis. Matth. XI.

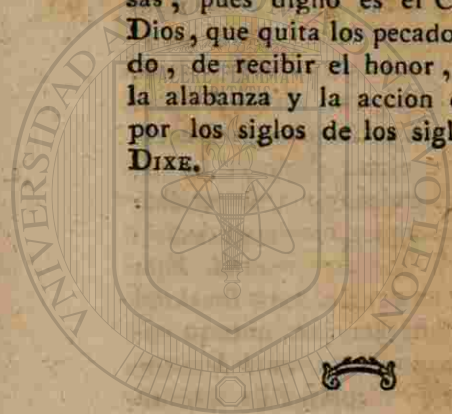
Juan entre cadenas.

SEÑORES:

¡Qué impenetrables son los juicios de Dios; qué incomprehensible arcano el de su Providencia; qué misteriosas las sendas por donde llama á los pecadores y conduce á los justos! Si no cautiváramos nuestra razón en obsequio de la fe, que nos enseña que todo lo obra el Señor en justicia y equidad, ¿qué contraste de ideas no nos presenta el mundo de ordinario, opuestas al pare-

las aguas saludables de Jesucristo, que saltan hasta la vida eterna, amándole de corazón sobre todas las cosas; pues digno es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, de recibir el honor, la gloria, la alabanza y la acción de gracias por los siglos de los siglos. Amen.

DIXE.



SERMON MORAL

SOBRE LAS AFLICCIONES.

Joannes in vinculis. Matth. XI.

Juan entre cadenas.

SEÑORES:

¡Qué impenetrables son los juicios de Dios; qué incomprehensible arcano el de su Providencia; qué misteriosas las sendas por donde llama á los pecadores y conduce á los justos! Si no cautiváramos nuestra razón en obsequio de la fe, que nos enseña que todo lo obra el Señor en justicia y equidad, ¿qué contraste de ideas no nos presenta el mundo de ordinario, opuestas al pare-

cer á su inmensa bondad y sabiduría infinita? Sin salir del suceso que anuncian las palabras de mi tema, si nos conduyéramos únicamente por la debilidad de nuestra razon enferma, ¿ á quién no llamaría la atencion el triunfo de la mayor iniquidad contra la virtud mas heroica? ¿ Quién no murmuraría en la hipótesi de la tolerancia del Señor, al contemplar entre cadenas al Bautista, su digno precursor, el mas santo entre los hijos de las mugeres, segun su mismo oráculo, y al tirano Herodes entre los placeres criminales? ¿ Al Bautista, víctima inocente de penitencia, cargado de fierro, y á Herodes rodeado de una corte magnífica y numerosa? ¿ Al Bautista oprimido de aflicciones, y á Herodes esclavo de las mas vergonzosas pasiones, rodeado de púrpura? ¿ Al Bautista degollado por defender la ley de Dios, y á Herodes dando el fallo contra esta pre-

ciosa vida, en premio del baile deshonesto de una saltatriz desenvuelta, y entre la alegria de un convite magnífico? ¿ Es esta ¡ó mi Dios! la recompensa del zelo de vuestra ley santa, de la inocencia y admirables virtudes de vuestro Precursor? Hé aqui, señores, el escollo y piedra de tropiezo en que se estrellan y perecen los naturalistas y demas incrédulos que osan negar la Providencia.

Mas ¡ó ciega sabiduría del mundo! como tú no te conduces por los principios de la fe, ignoras el fin á que de ordinario se dirigen las aflicciones de esta vida, y la justicia, equidad y misericordia con que Dios las envía. Si conocierais su precio y su utilidad, antes las apreciariais con gozo, que os quejariais de ellas con amargura; y al ver oprimidos los justos y exaltados los iníquos, antes apeteceriais participar de la afliccion de aque-

llos, que de la exáltacion de estos. Nacidos para sufrir en pena de la culpa original, que heredamos de nuestro primer padre, manifestamos por gritos y lamentos los primeros instantes de nuestra vida. Las enfermedades, los dolores, los contratiempos, son de ordinario nuestra herencia en este valle de lágrimas. En él tienen las rosas sus espinas, las riquezas y dignidades sus disgustos, las tiaras y los tronos arrastran una cruz prolongada. A vista de esta triste y universal experiencia los insensatos incrédulos, en lugar de humillarse y besar la mano benéfica que los oprime con misericordia, ó niegan la providencia, atribuyéndolo todo al acaso ó leyes inevitables del hado, ó murmuran de ella con blasfemia.

Pero vos, ó santa religion, que debisteis vuestro origen á la cruz del Salvador, vos sola sois capaz de darnos á conocer lo que no ha

podido entender jamas la vana filosofia con sus decantadas luces y sutiles racionios; es decir, el precio de las aficciones. Yo bien sé que los mundanos de profesion desprecian su mérito y las reciben con impaciencia, por no decir con desesperacion, al paso que los justos las reciben con humillacion y conformidad, gustando de ordinario en ellas cierta especie de gozo y de consuelo. No será pues fuera de propósito ilustrar este gran misterio de la divina Providencia, para confundir á los mundanos, atraer los pecadores á penitencia, y confortar á los justos en sus adversidades. Esta será la materia de un breve discurso, en que os haré ver que el cristiano que se conduce por las máximas de la fe, ya sea pecador, ya sea justo, debe mirar las aficciones con que Dios lo visita como una ventaja sólida que le ofrece para conducirlo, ora á la

penitencia, ora á justificarse mas: dos verdades interesantes, apoyadas en la santa escritura, dignas de esta cátedra, y á propósito para vuestra instruccion. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la intercesion de su augusta Esposa. *Ave MARIA.*

Joannes &c.

Los mundanos, que por un justo juicio de Dios se hallan abandonados á un sentido réprobo, en castigo de su contumaz soberbia, jamas quieren confesar que las tribulaciones con que el Señor visita á los hombres sean reguladas por una providencia justa, y no rara vez benéfica. Mas si dieran asenso á las máximas de nuestra santa religion, hallarian las sólidas ventajas que en los designios de Dios son capaces de producir en el espíritu de un verdadero cristiano que las

recibe con humillacion. Conocerian, digo, que el Señor las destina de ordinario para estímulo de penitencia al pecador, y al justo para ocasion de mayor mérito y perfeccion. He dicho *de ordinario*, porque no hablo de las aflicciones ó penas eternas con que Dios ha castigado á los réprobos; ni pretendo confundir las que el Señor nos envia para nuestra enmienda, por un efecto de su misericordia, con las que nosotros nos buscamos irritando su divina justicia.

Asi cuando veo naufragar en un diluvio universal á todo el género humano, á excepcion de ocho personas que se salvaron en el arca; cuando veo llover fuego del cielo y abrasar las infames ciudades de Pentápolis y á los perseguidores del profeta Elías; cuando veo á Faraon y sus tropas sepultados en el mar Roxo, despues de haber desatendido las terribles plagas que

para su correccion habia Dios enviado sobre Egipto; cuando veo abrirse la tierra y sepultar vivos á los levitas ambiciosos que murmuraban contra Moysés; cuando veo salir osos del desierto y devorar con ferocidad á los que se burlaban del profeta Eliseo; cuando veo infinitos otros exemplares que el Señor ha revelado en las santas escrituras para infundirnos un saludable temor de su justa ira contra el pecado; á todos estos sucesos llamo justos castigos de Dios contra los que por su impenitencia final y dureza de corazon ha entregado ya á un sentido réprobo, castigándolos visiblemente para escarmiento de los demas. Hablo pues únicamente de aquellas aficciones que en los designios de Dios van dirigidas al pecador para invitarlo á penitencia, y al justo para aumentar su mérito. Reflexemos.

Las aficciones con que el Señor

visita al pecador se dirigen á su conversion, que es la ventaja mas sólida que puede obtener despues del pecado. Dios lo ha llamado á su Iglesia, lo ha reengendrado en las aguas del sacro bautismo, lo ha hecho templo digno del Espíritu Santo, hijo suyo adoptivo con derecho á su reino inmortal, sin otra condicion que la de observar sus mandamientos. Pero ingrato él á tantos beneficios, sacude con frecuencia el suave yugo de su religion; desobedece sus preceptos, disipa, á imitacion del hijo pródigo, la substancia y los talentos que le entregó su padre para que comerciasse con ellos y se hiciese acreedor al reino que le estaba prometido. A manera de bestia sin entendimiento, olvidado de Dios y embriagado en sus placeres, ofrece incienso al ídolo de sus pasiones, y marcha con pasos de gigante á precipitarse en el abismo.

Detened ¡ó mi Dios! á este caballo sin freno. Romped este ídolo. Cubrid de ignominia el rostro de los pecadores, os ruego con David, para que invoquen vuestro nombre: *imple facies eorum ignominia, et quarent nomen tuum Domine.* ¿Pero qué digo? ¿No fue esta la conducta que el Señor observó con el hijo pródigo del evangelio, para manifestarnos la verdad que os predico? Luego que aquel infeliz se vió en una region extraña, abrumado de la hambre, sin mas alimento que el mismo de los cerdos que guardaba, entró en su interior, y dixo: "¡ó cuántos jornaleros abundan de alimento en la casa de mi padre, y yo perezco aquí de hambre! Iré pues á casa de mi padre, y le diré: padre, yo he pecado contra el cielo y en tu presencia: admíteme en el número de tus sirvientes." Animado de esta esperanza volvió á buscar á su padre:

¿y cuál fue el resultado de esta su vuelta? ¿Ah, vosotros no lo ignorais, señores! Cuando aún distaba mucho de su casa, lo ve venir su padre, y movido á compasion y misericordia, salió corriendo á su encuentro, le echó los brazos al cuello, dándole el ósculo de paz. ¿Qué mas? Apenas oyó decir á este su hijo criminal: padre, yo he pecado contra el cielo, y en tu presencia, ya no soy digno de llamarme hijo tuyo, cuando dixo el padre á sus sirvientes: sacad al punto la primera estola; es decir, la gracia, vestid su desnudéz; poned el anillo en su mano y calzadlo; traed un ternero cebado; matadlo, y celebremos el convite, porque este mi hijo habia muerto, y ha resucitado.

Hé aquí, señores, lo que á vosotros mismos ha sucedido muchas veces. Confesadlo de buena fe. El Señor os ha permitido, que arras-

122 SERMONES VARIOS

trados de vuestras pasiones, embriagados con el atractivo de los vicios, y seducidos de los malos ejemplos, hayais disipado los bienes, es decir, los auxilios que para vuestra salvacion os habia comunicado vuestro Padre Dios; habeis, no rara vez, vivido en una region extraña, separados de vuestro Criador, y entregados á la esclavitud de las pasiones; habeis corrido al precipicio como caballos sin freno, ó como nave sin timon ó sin piloto. ¿Y qué ha hecho el Señor en estas deplorables circunstancias? Os ha enviado la tribulacion para que invoqueis su santo nombre. Misericordioso hasta en sus mismos castigos, os ha visitado en medio de vuestros placeres, y cuando mas embriagados en vuestros vicios, poniéndoos á las puertas de la muerte, ó cubriéndoos de miseria y de ignominia, con arreglo á la petition de su profeta, cuando dixo: *im-*

PANEGÍRICOS Y MORALES. 123

ple facies eorum ignominia, et querent nomen tuum, Domine.

¿Y cuál ha sido de ordinario el suceso de esta tribulacion? Vosotros lo sabeis, señores; y yo no rara vez lo he presenciado. ¿Cuántas veces al veros asaltados de una grave enfermedad, habeis clamado como Ezequías: en medio de la carrera de mis dias me veo en los umbrales de la muerte? Humillados por Dios, ¿no habeis implorado su misericordia? ¿Cuántas veces al considerar que el hilo de vuestra vida va á cortarse á medio urdir ó texer, con la presteza que se trasladada el tabernáculo ó choza de los pastores, segun la expresion de Isaías, habeis clamado á Dios de corazon, proponiendo la enmienda de la vida? ¿No habeis meditado entonces mas de una vez la gravedad de vuestros pecados y la misericordia del Señor? ¿No habeis levantado vuestros ojos lánguidos al cielo pa-

ra pedirle perdon? ¿Mas para qué me canso en reconveniros con vuestra propia experiencia?

Abrid esos libros santos que contienen la historia de nuestra religion, y hallaréis auténticos é innumerables exemplares de esta verdad. Aqui veréis á Nabucodonosor, rey de Babilonia, que desvanecido con su potencia, lleno de orgullo y de soberbia, pretende ser adorado como Dios; pero reducido en castigo á vivir en los desiertos como bestia, y á pacer yerba como una de ellas por espacio de siete años, creciéndole sus cabellos como las plumas de las águilas, y las uñas como las de las aves, entró al fin en sí mismo, y dixo: yo Nabucodonosor levanté al cielo mis ojos, y volví en mi sentido: bendixe al Altísimo, alabé y glorifiqué al que vive eternamente... Alabo, magnifico y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verda-

deras, justos sus juicios, y puede humillar á los soberbios. Allí veréis á un Manasés impío sobre el trono, profanador del templo y reo de los mas horrendos crímenes, por haber erigido aras á Baalim y adorado al sol, la luna y á toda la milicia del cielo. Mas luego que fue conducido cautivo á Babilonia por los asirios, ligado de pies y manos, y puesto en cadenas, oró á su Dios y Señor, hizo rigurosa penitencia en presencia del Dios de sus padres, y fue bien presto perdonado y restituido á su reino. Aqui vemos á Jonás fugitivo y rebelde á las órdenes del Señor, que lo enviaba á predicar penitencia á una ciudad corrompida y prostituida, no menos que la nuestra, á los mayores crímenes, que arrojado al mar en medio de una furiosa tempestad que levantó su inobediencia, y engullido alli mismo por una ballena, lo conserva Dios milagrosamente en el

vientre de ella por espacio de tres dias, para darle tiempo de arrepentirse y de cumplir su ministerio.

¿Qué mas? Nínive floreciente é idólatra del luxo y sus pasiones, se entrega á todo género de vicios, y amenazada de su próxima ruina y exterminio por el citado profeta, se viste de un saco, se cubre de ceniza, hace penitencia, y obtiene el perdón. Israel, en el esplendor de su gloria y prosperidad, abandona muchas veces al Dios de sus padres Abraham, Isaac y Jacob, y olvidados de sus grandes y continuos beneficios, inciensan sacrílegos á Baal, Astarot, Beelfegor, Dagon y demas ídolos de las gentes; pero visitados por Dios con la hambre, con la guerra, con la peste; dominados mas de una vez por los filisteos, mohabitas y cananeos, y conducidos cautivos, invocan y adoran al Señor, y sentados á las márgenes de los rios de Babilonia, llo-

ran con amargura al acordarse de Sion. Por manera, que apenas los castigaba Dios de muerte, como David se explica, cuando lo invocaban y buscaban con presteza: *cum occideret eos, querebant eum, et diluculo veniebant ad eum*. Saulo, zeloso defensor de su secta farisáica, persigue á los cristianos, y pretende abolir el adorable nombre de Jesucristo; pero derribado del caballo á la voz del Señor, en ocasion que caminaba á Damasco, con poderes de la sinagoga, para traer presos á Jerusalén todos los fieles, se convierte en vaso de eleccion y apóstol de las gentes, para llevar por todo el mundo el nombre del Salvador.

Prescindo de otros muchos exemplares que nos provee sobre la materia la historia de nuestra religion y de la Iglesia; porque lo expuesto basta para acreditar que las aflicciones con que Dios visita al pe-

cador van dirigidas de ordinario á su enmienda y correccion. Este juicio formaba de ellas el profeta David, quando da gracias al Señor porque lo ha humillado, para enseñarle el camino de su justificacion: *bonum mihi, quia humiliasti me, ut discam justificationes tuas.* A lo mismo alude el santo Isaías, quando dice: Vos, Señor, me habeis castigado, y he sido instruido: *castigasti me, Domine, et eruditus sum.* La misma verdad confirma el célebre Judas Macabéo, quando despues de haber referido las terribles aflicciones que habia padecido y aún padecia su pueblo, dice: ruego á los que leyeren este libro, que no se horroricen de nuestras adversidades, antes sí juzguen que todo lo que nos ha sucedido no se dirige al exterminio, sino á la correccion de nuestra gente. Todo conspira á manifestarnos que las aflicciones que Dios nos envia en ór-

den al pecador, se dirigen de ordinario á su enmienda y penitencia. Ni es menos constante, que respecto del justo sirven de ocasion favorable para aumentar su mérito. Renovad vuestra atencion.

II. Para que forméis justa idea de esta importante verdad, notad por un momento la diferencia que hay entre las virtudes obradas en tiempo de prosperidad, y las practicadas en el de la afliccion. Estas son de ordinario mas sólidas y mas aceptables á los ojos de Dios. Las obras virtuosas en la prosperidad, aun quando no puedan calificarse de sospechosas ni sujetas á ilusion, son regularmente mas faciles, dice un sabio, por ser de propia eleccion. Pero las practicadas en el estado de afliccion, con que Dios visita á sus escogidos, son virtudes de prueba, y de consiguiente mas dificiles, mas árduas. Traed á la memoria, os ruego, la historia del santo Job. El

Señor lo habia colmado de bienes y bendiciones sobre la tierra; y reconocido él á tantos beneficios, lo adoraba y bendecia con fidelidad y sencillez de corazon. Hasta aqui como hombre temeroso de Dios, auxiliado de su gracia, se conducia por las ideas de gratitud. Aunque vivia en medio de los gentiles, era un verdadero apóstol de su familia, educándolos en el temor del Señor, y ofreciéndole diariamente sacrificios por ellos. Eleccion santa de vida, que lo elevó á un alto grado de virtud, y tan sublime, que habiendo comparecido un dia los hijos de Dios en su presencia, dice la escritura, concurrió Satanás tambie entre ellos. Y preguntado ¿de dónde venia? dixo: he andado y rodeado toda la tierra. ¿Y has considerado por ventura, dice el Señor, á mi siervo Job, hombre sencillo, recto y temeroso de Dios, separado de todo lo malo, y sin se-

mejante sobre la tierra? ¡Ah! dixo Satanás; en vano os teme; porque tú lo has rodeado á él, á su casa y á su hacienda; has bendecido las obras de sus manos, y has multiplicado sus posesiones: extiende un poco tu mano, aflígelo, tócale en su hacienda, y verás como te maldice.

Mas el Señor, que en este exemplar quiso acreditar que las aflicciones con que visita de ordinario al justo, solo sirven en sus inefables designios de ocasion favorable para que solide y aumente sus méritos, dixo á Satanás: mira, en tu mano dexo todo lo que posee; pero reserva su persona. Al punto este enemigo irreconciliable del género humano, persuadido derribaria al justo Job, como á muchos poderosos criminales, reducidos á la desesperacion por haberles Dios tocado en sus bienes y familia, partió sin demora de la presencia del

Señor, y destruyó en breve tiempo los rebaños, sus pastores, las posesiones y familia de este justo, sin reservar á sus propios hijos. ¿Qué os parece haría Job en tan duro conflicto? Se levantó al saberlo, rasgó sus vestiduras, y postrado adoró al Señor, diciendo: desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré al sepulcro: el Señor me lo dió todo, el Señor me lo quitó; como agradó al Señor, así lo ha hecho, sea bendito el nombre del Señor. Pero aún no desconfía Satanás de triunfar de este por medio de la aflicción. Pide al Señor licencia para mortificar su cuerpo. Dios se la concede baxo la condicion de conservar le la vida. Al punto salió Luzbél con mas velocidad que una saeta disparada del arco á saciar su ira en la carne del justo. Dexólo bien presto convertido en una vasta llaga, que lo cubria de pies á cabeza; por manera, que reducido

en un instante á tener por lecho un inmundo estercolero, se vió precisado á raer con una teja la podre de sus llagas. Su muger que lo vió en semejante conflicto, instigada de Satanás, le dixo: blasfema de Dios y muérete; pero el justo la responde: como una muger loca has hablado. Si hemos recibido de mano del Señor los bienes ¿porqué no hemos de recibir los males, esto es, las aflicciones?

Mas ¡ó mi Dios! si Job, por vuestro mismo oráculo, es un hombre justo, recto y sin semejante sobre la tierra, ¿cómo permitís sea tratada por vuestro enemigo con tanta severidad su inocencia? ¡Ah! yo no dudo decirlo. Para ofrecerle nueva ocasion de aumentar su mérito; para justificarle mas y mas; para que consiga de su enemigo mayores victorias y trofeos entre las mas duras tribulaciones y conflictos. ¿No fue análoga á ésta la conducta que

observó Dios con Abrahan, este padre de los creyentes? ¿No le habia el Señor hecho las mas interesantes y magnificas promesas? ¿No le prometió un hijo en su edad avanzada y en su muger anciana y estéril, en el cual habian de ser bendecidas todas las naciones? La promesa como todas las de Dios tuvo su efecto. Isaac, ascendiente y figura de Jesucristo, nace por dispensacion divina. Pero apenas crece y llega á cierta edad, manda el Señor á Abrahan que suba á un monte que le manifestará, y sacrifique á este hijo único, en quien le han sido hechas las promesas. ¿Á qué ¡ó mi Dios! esta terrible tentacion del justo? Para hacerle creer y esperar contra la esperanza misma, como dice la escritura: para que acreditase mas y mas su justicia: para presentarnos en él un perfecto modelo de obediencia á sus preceptos.

¿Qué mas? No perdais de vista al anciano y justo Tobías, que nos presenta otro ilustre é irrefragable testimonio de la verdad que os anuncio. Cautivo en Babilonia, se ocupaba en alabar á su Dios, en educar en su santo temor á su hijo Tobías, en consolar los afligidos, y en exercitar la caridad con los vivos y los muertos. Á pesar de su justicia, oid la ocasion de mérito que el Señor le ofrece, permitiendo quedase ciego. Oid ahora la causa de esta permission. Cuando orabas con lágrimas, le dice S. Rafael, cuando enterrabas los muertos, dexando para ello tu comida; quando los escondias en tu casa, sin embargo de la pena de muerte que te amenazaba, y los enterrabas de noche, ofrecí yo á Dios tu oracion. Mas por quanto eras acepto al Señor, fue necesario que te probára la tentacion: tentacion con que Dios lo visitó, dice el Espíritu Santo, pa-

ra dexar á la posteridad un exemplar de paciencia, como la del santo Job. Hanc autem tentationem ideo permisit Deus evenire illi, ut posteris daretur exemplum patientiæ ejus, sicut et sancti Job.

¿Quereis mas pruebas auténticas de esta verdad? Arrojad vuestra consideracion por un momento sobre el santo profeta Jeremías y sobre el Bautista, digno precursor de Jesucristo. ¿No fueron santificados en el vientre de su madre? ¿No fueron durante su vida raro exemplar de piedad y de penitencia? ¿No celaron sin cesar la honra y gloria de Dios? ¿No trabajaron de por vida en el bien espiritual de sus hermanos? A pesar de esto ¿no padecieron las mayores tribulaciones, hasta sellar con sangre la defensa de la ley de Dios? ¿A qué fin pues estas duras aflicciones? Para presentarnos exemplares de penitencia, de conformi-

dad con la divina voluntad, de zelo de su honra y de caridad con sus hermanos, á quienes solicitaban librar de las fauces de Satanás.

Pero si aún os parecen débiles estos ilustres testimonios para demostrar la verdad que os he propuesto, meditad por un momento sobre la conducta del Señor acerca de María santísima. ¿No fue elegida desde la eternidad para Madre del Omnipotente? ¿No fue preservada de la culpa original, en que incurrimos todos los hijos de Adán, y adornada por el Altísimo con aquella plenitud de gracia que la hiciese digna para Madre de Dios y Esposa del Espíritu Santo? ¿No es de fe que en el largo discurso de su vida no incurrió en culpa alguna grave ni leve? En fuerza de su altísima dignidad y en virtud de su santidad inexplicable, ¿no la constituyó el Señor Reina del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hom-

bres, y solo inferior á Dios? Sin embargo, ¿cuál de los justos ha padecido jamas mayores, ni aun iguales aflicciones que esta muger verdaderamente fuerte? Vosotros, señores, admirais y venerais diariamente sus dolores, angustias y soledad en los diferentes conflictos de la vida, pasion y muerte de su Unigénito, que lo era de Dios juntamente: aflicciones tales, que la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, para darnos alguna idea de su acervidad, ha declarado á María *Reina de los mártires*. ¿Á qué fin, os ruego, estas terribles aflicciones? Para aumento de su piedad; para conformarse en todo con la imágen de Jesucristo, el impecable por esencia, que padecia inocente por salvar al género humano. Animada pues del espíritu de religion, tolera con gozo, á imitacion de su Hijo, la cruz de sus tribulaciones: en ella se gloria, conociendo que la

virtud y la santidad se perfeccionan en las enfermedades y trabajos; y que como su santísimo Hijo debió en cumplimiento de su mision padecer tanto antes de percibir la gloria de Redentor, la convenia tolerar sus penas, para ser su mas perfecta imágen, y un digno modelo de sus discípulos sobre la tierra.

Entrad pues, os ruego, en el espíritu de la religion que profesais, y formaréis una idea justa del precio de las aflicciones con que el Señor os visita. Considerad en ellas ¡pecadores! un poderoso estímulo de parte de Dios, para haceros llenar los deberes de cristianos, separándoos de las sendas de la iniquidad, para entrar en las de la justificacion: y vosotros ¡ó justos! apreciadlas como una ocasion favorable para aumentar vuestro mérito por medio de la humillacion, de la paciencia y conformidad con la voluntad divina. Fi-

xad últimamente en vuestro espíritu y en vuestro corazón estas ideas, que son las que la religión nos enseña para consuelo de nuestras aflicciones. Animados de estas verdades, conoceréis la equidad, misericordia y justicia con que la divina Providencia dirige todas las cosas: ni os causarán admiración ni despecho las hambres, las guerras, los terremotos, las pestes con que Dios nos ha visitado; ni extrañareis el desprecio, el odio y malos tratamientos con que los mundanos han perseguido y aun persiguen á los justos. Grabad, os ruego, en vuestra memoria los sagrados exemplares que os he propuesto, y conoceréis facilmente que las aflicciones con que Dios nos visita se dirigen en sus eternos designios, no solo al castigo de los malos é incorregibles, sino mas ordinariamente para estímulo de penitencia al pecador, y para aumento de per-

PANEGÍRICOS Y MORALES. 141
fección y de piedad en órden al justo. No en vano pues nos amonesta el apóstol Santiago, que miremos con mucho gozo ser rodeados de tentaciones, para que la paciencia pruebe nuestra fe y perfección nuestra obra. Dios quiere humillarnos, para que le invoquemos en la tribulación. Imitemos en ella á los apóstoles, que salían de los tribunales llenos de gozo, por haber sido hallados dignos de padecer oprobrios y calumnias en defensa del adorable nombre de Jesucristo. Alabémosle todos y bendigámosle en medio de nuestras aflicciones, que digno es este Cordero de Dios, que padeció inocente por salvarnos, de recibir el honor, la gloria y la acción de gracias por los siglos de los siglos. Amen. DIXE. ®



SERMON MORAL

SOBRE LA SANTIDAD.

Para el día de todos Santos.

Sancti estote, quia Ego sanctus sum.
Levit. CII.

SEÑORES:

¡Qué ingeniosos son los mundanos para engañarse á sí mismos! Aunque el Apóstol nos diga que Dios nos eligió antes de la constitucion del mundo, para que seamos santos é inmaculados en su presencia; y aunque el mismo Señor nos haya mandado ser santos, por serlo Él mismo: *sancti estote, quia Ego sanctus sum*; sin embargo, un infinito número de insensatos pretenden tergiversar y enervar la fuerza de es-

tos oráculos, distinguiendo dos especies de cristianos; uno perfecto y otro mitigado. Por el primero, dicen, se aspira á la santidad; por el segundo al estudio de salvarse. El primero es el cristianismo del altar, ó de los eclesiásticos; y el segundo el del siglo, ó de los seculares. Á los primeros que aspiran á la santidad pertenece lo árduo y severo del evangelio, es decir, el espíritu de humildad, de penitencia y negacion de sí mismos. Pero los segundos, que no aspiran á ser santos, exónerados de estas penosas incomodidades, se contentan con la esperanza de salvarse.

Por medio de este sistema que adula y lisonjea al amor propio, pretenden los mundanos conciliar los intereses de sus pasiones con los derechos imprescriptibles de Dios y los remordimientos de su conciencia. ¡Conato vano, error grosero, delirio monstruoso! que pretendo com-

batir en esta hora, haciendooos ver primero que todos debemos ser santos; y segundo, que todos podemos serlo. Dos verdades interesantes, dignas de esta cátedra, de vuestra atencion y de mis débiles conatos. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de su santa Esposa. Saludémosla humildes con el ángel del Señor. *AVE MARIA.*

Sancti estote &c.

Por mas desarreglado y sensual que el mundano sea, si exceptuamos á los materialistas y otros de su calaña, no renuncia abiertamente de la esperanza de salvarse, ni mira su reprobacion á sangre fria. Pero se contenta con suponer, para aquietar su conciencia, que hay una diferencia notable entre el mérito de la salvacion y el de la santidad. Nada mas comun en vuestras

¡apóstatas de la moral de Jesucristo! nada mas frecuente que oírse decir, que en el mundo es necesario salvarse; pero que no se puede aspirar á ser santos. ¡Ridículo paralogismo! No palpeis, señores, por luz las que son densas tinieblas. Para vuestro desengaño fixad en vuestra mente estas dos máximas de nuestra moral: primera, para salvarse es necesaria la santidad: segunda, porque la santidad no es otra cosa, dice un sabio orador, que nada haber omitido de lo necesario para salvarse; es decir, que la salvacion está prometida á la santidad, y que esta esencialmente consiste en obrar la salvacion con el auxilio de Dios. Reflexemos.

He dicho que la salvacion está prometida á la santidad. Yo bien sé que esta verdad es poco conforme al sistema del mundo; pero lo es del todo al plan del evangelio. Vosotros, mundanos, no dudais oponer, si ha

de observarse todo lo que evangelizan los predicadores, quiénes serán los que se salven? Por mí os responderá el mismo Jesucristo, nuestro Dios, nuestro legislador, nuestro maestro, cuyo testimonio ni lo tendréis por sospechoso, ni osaréis recusarlo. El que hace y corona á los santos se ha dignado revelarnos el precio con que se adquiere la salvación ó bienaventuranza. Hablad, Señor, y supuesto que no dan asenso á vuestros ministros, decid á los mundanos quiénes serán los que se salven. Bienaventurados llamo á los pobres de espíritu, agenos de avaricia, de ambicion y de codicia: bienaventurados los pacíficos, libres del espíritu de venganza, que miran como hermano al que los injuria, y poseen su alma en la paciencia, para asemejarse al Dios pacífico: bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, que aman la equidad y la inocencia; que despre-

cian los tesoros de la tierra, y trabajan por adquirir el de las virtudes: bienaventurados los limpios de corazón, puros en sus costumbres, moderados, castos, apartados de sensualidades, poseidos del espíritu de amor á Dios y al próximo: bienaventurados los que lloran, animados de zelo por la honra del Señor, sufriendo injurias por Dios, detestando sus delitos, y pidiendo al Señor por los agenos.

Hé aquí un breve sumario de las bienaventuranzas terrenas, de las cuales dependen las de la otra vida, es decir, la santidad ó salud eterna; y hé aquí anunciado por Jesucristo lo que en todos los estados es indispensable para salvarse. He dicho *en todos los estados*, porque el Salvador no distingue, como nota un sabio, entre el sacerdote consagrado al altar, y el secular aplicado á otros cuidados; ni yo sé de donde conste que el evangelio del altar sea sustan-

cialmente distinto del del mundo. Solo sé, que habiendo un solo Dios, una sola fe, un solo bautismo, una sola moral, cualquiera que falte á alguna de las obligaciones impuestas por Jesucristo para ser bienaventurado, será excluido de su reino, y no será salvo. Todos pues para salvarse deben ser pobres de espíritu y humildes de corazón, como los Teodoros, Luises y Fernandos: dulces y llenos de mansedumbre, sin conservar resentimientos, ódios ni deseos de venganza, como los Atanasios, Ambrosios y Crisóstomos: todos deben renunciar del mundo réprobo, de sus pompas y vanidades, del luxo de la mesa, del juego y del vestido, para dar al pobre lo que es suyo, y conservar la templanza y la modestia, á imitacion de los Casimiros y Borromeos: todos deben estar animados del espíritu de penitencia por sus culpas, refrenar sus pasiones, moderar y mortificar sus

apetitos, á imitacion de David, de Paulo y la Magdalena: todos deben conservarse puros de corazón en su respectivo estado, en obras, palabras, pensamientos y acciones, para agradar á Dios, que es la pureza misma, á imitacion de Josef el casto, de los Gonzagas, Ineses, Águedas, Cunegundas y Mónicas: todos en fin deben amar en espíritu y verdad á Dios y á su próximo, sufriendo con paciencia y conformidad la cruz de sus trabajos y aflicciones, y llenando los deberes de su estado, como Job, Tobías, Daniel, con los demas profetas, apóstoles &c. Hé aqui la senda de la santidad, y hé aqui el camino de la salvacion, que debemos todos emprender para ser bienaventurados.

¿Á este sencillo raciocinio que pueden oponer los mundanos? Nada sólido. No obstante, para escusarse de aspirar á la santidad, dicen que los ministros del evangelio estrechan

demasiado el plan del cristianismo, convertidos en rigoristas. El yugo del Señor, añaden, es suave, y claramente nos dixo, que para salvarse y entrar en su reino basta observar la ley. ¡Miserables alucinados! ¿os piden mas los ministros para que seais santos, que la observancia de la ley? Mas ella exige de vosotros una fe tan firme y sólida, que todas las amenazas de los tiranos, todas las persecuciones, suplicios y tormentos, no sean capaces de trastornarla. ¿No es esta, os ruego, la fe misma de los mártires y de los santos? Para salvarse basta observar la ley, segun vosotros. Mas ella exige en todos una caridad dulce, preparada y pronta á obedecer los mandatos de Dios, á pesar de los resentimientos de la naturaleza, dispuesta á sacrificar los objetos mas amados, como Abraham á Isac, y arrostrar, como Judith y Estér, á los mayores peligros. ¿Y no es esta ca-

ridad docil y obediente á la ley la de los bienaventurados y santos del cielo, segun el Apóstol? Luego ser salvos y santos es una misma cosa.

Á pesar de este irrefragable convencimiento no quieren los mundanos deponer su error. Un santo, segun sus ideas, es una persona singular y extraordinaria, que hace prodigios, sujeta los elementos, resucita los muertos, y anuncia lo futuro. Pero vos ¡religion santa! desmentís de ordinario estas ideas, enseñándonos que no consiste la santidad en hacer milagros. ¿Es esta por ventura alguna paradoxa? ¡Ah! oid á Jesucristo: muchos, dice, me dirán en el día de la ira: ¡Señor, Señor! en tu nombre hemos profetizado, en tu nombre hemos arrojado á los demonios, y en tu nombre hemos obrado muchas maravillas; y entonces les diré: no os conozco, apartaos de mí, operarios de la iniquidad, porque solo entrará en el reino de los cielos el que hiciere la

voluntad de mi Padre celestial, es decir, el que observáre la ley de sus mandamientos. De aqui se sigue, que aunque los santos han hecho milagros, no lo han sido por haberlos hecho, sino por haber obedecido exáctamente la ley de Dios, en que consiste la salvacion y la santidad.

Arrojados los mundanos de este miserable reducto, buscan aún asilo á su error en su plaza de armas, que juzgan inexpugnable. Un santo, dicen, es un hombre privilegiado, anegado en las dulzuras de la gracia, como en una lluvia deliciosa, colmado de favores y de las caricias de su Dios, que no solo camina por este medio, sino que vuela á la felicidad. Reparo miserable y ruinoso, que en breve arroja por tierra el exemplo de los bienaventurados, como oportunamente nota un sabio. Traed á la memoria á Pablo, este vaso de eleccion y apóstol de las gentes. A pesar de su santidad, de todas las gra-

cias de su apostolado, y de haber sido arrebatado al cielo, si no hasta el fin del mundo, como Elías y Henoc, á lo menos por el tiempo que le bastó para oír palabras arcanas, que no es lícito al hombre proferir; ¿no sufrió por casi toda su vida los mayores peligros, las mas duras persecuciones, y un estímulo tan fuerte de su carne rebelde, que no duda llamarlo ángel de Satanás, que lo mortificaba, y lo inclinaba continuamente al pecado? Combate tan duro, que le hizo exclamar: *veo en mis miembros otra ley, que repugna á la de mi mente, y me cautiva en la del pecado. . .* ¡Infelíz de mí! ¿quién me librárá del cuerpo de esta muerte? *La gracia de Dios por Jesucristo Señor nuestro. . .* Ni olvideis á santa Teresa, esta célebre doctora de la Iglesia, gimiendo casi de por vida baxo el grave peso de la cruz: ¿no sufrió por mas de diez y ocho años los mayores desconsuelos y sequedad en la

oracion y exercicios espirituales, las mas graves sugestiones del comun enemigo, y los mayores trabajos y oposicion para realizar su santa reforma?

¿Mas para qué me canso y os molesto en presentaros la enumeracion de exemplares de una verdad constante en la historia de la religion? ¿No ha dicho el mismo Jesucristo: yo corrijo y castigo á los que amo? ¿Baxo este plan de su divina Providencia no ha probado por medio de las mayores aflicciones á los mayores santos? Job y Tobías, cuyo elógió ventajoso hizo el mismo Dios; Jeremías y el Bautista, santificados en el seno de su madres; los apóstoles, los mártires y los mayores héroes de santidad, ¿qué no sufrieron en vida para ser hallados dignos de las promesas eternas? ¿Qué mas? La verdadera Madre de Dios, concebida sin mancha original, libre de toda culpa, y llena de gracia, ¿no sufrió en esta vida las mayores aflicciones,

y tales, que le conciliaron el glorioso título de Reina de los mártires con que la saluda la Iglesia? ¿Á qué fin estas tribulaciones de los justos? Para probar su obediencia á la ley por medio de la humillacion; para hacerles poseer su alma en la paciencia; para aumentar respectivamente su mérito y su piedad; para que se asemejen mas y mas á la imagen adorable del Crucificado, que padeció inocente por salvarnos. Por esta causa castiga el Señor, y humilla á todo el que recibe por hijo, y corrige y prueba al que ama, complaciéndose en él como un padre en su hijo, segun la expresion del Espíritu Santo. No son pues las consolaciones, reservadas para el cielo, y tan raras en los justos sobre la tierra, las que deben darnos idea de los que viven en justicia y santidad. ¿Por qué signos pues, me direis, conoceremos los justos para nuestra imitacion y exemplo?

Las señales en vida son equívocas; ni podemos venerar á ninguno por santo con antelación al juicio de la Iglesia: el destino de los demas se nos manifestará el dia de la ira y de la consumacion de los siglos. Pero entretanto debemos firmemente creer á Jesucristo, que nos dixo: el que perseverare hasta el fin observando mis mandamientos, será salvo, santo y coronado de honor y gloria. Hé aquí la verdadera idea de la santidad en los adultos, sobre la cual es fácil á cada uno consultar su conciencia, absteniéndose de censurar á los demas. Esta regla infalible de salvarse, como dictada por el mismo Dios, es una estrecha obligacion, extensiva respectivamente á todas las condiciones y estados; porque el Señor no es aceptador de personas. El sacerdote, el militar, el magistrado, el negociante, el padre de familias; de una vez, desde el mas alto monarca hasta el último plebeyo, á to-

dos se extiende la ley de Dios, que á cada uno impone sus respectivas obligaciones, sin cuya observancia nadie puede ser salvo; pero si las cumplen perseverando hasta el fin, serán todos santos. Es pues, señores, ridícula la diferencia que han inventado los mundanos entre ser santos y observar la ley de Dios. Por consiguiente, si todos somos obligados á observar los preceptos de Dios para salvarnos, todos tenemos obligacion de ser santos; porque la santidad, como he demostrado, consiste esencialmente en salvarse. Pero resta hacerlos ver, que todos podemos ser santos. Segunda reflexion de este discurso, que paso á exponeros con la posible brevedad.

II. Tal es la iniquidad del mundo, dice un sabio, que los mismos honores que dan sus partidarios á los santos, les sirve de pretexto para no aspirar á la santidad. El incienso que queman al pie de sus al-

tares, el honor y veneracion que dan á sus reliquias, los templos erigidos baxo su nombre, todo este magestuoso aparato con que celebran sus solemnidades, les hace concebir una infinita distancia entre su naturaleza y la de los santos: concibienlos como gigantes de otra talla que la nuestra, ó como hombres de otra generacion, sin debilidades, sin pasiones, sin el terrible aguijon ó estímulo de la concupiscencia. Apoyados en este error, juzgan que les fue muy fácil ser santos, á lo cual no pueden ellos aspirar. Disipemos esta nube, que envuelve á muchos en el abismo con su obscuridad. Ilustremos estas tinieblas, haciendo ver por los principios de nuestra fe y nuestra moral, que todos podemos ser santos: primero, porque ellos, universalmente hablando, han tenido los mismos obstáculos para la santidad que tenemos nosotros. Segundo, porque nosotros, para obtener

la santidad, tenemos los mismos medios ó recursos que tuvieron ellos. Renovad vuestra atencion sobre un punto, del cual pende vuestra salud eterna.

Todos los hijos de Adán, concebidos en pecado, y que no han sido santificados en el vientre de sus madres, aunque reengendrados en Jesucristo por las aguas saludables del bautismo, cuando han llegado al uso de su razon y del discernimiento de las obligaciones del cristianismo que les ha intimado la Iglesia, que ha sido y será una en Cristo, desde Abél justo hasta la consumacion de los siglos; para ser santos han tenido que experimentar y combatir contra los enemigos que en el día se nos presentan, ya exteriores, ya interiores, y que por un error grosero los graduamos de invencibles. Los obstáculos exteriores de parte del mundo han sido siempre los mismos. El mundo en

todas épocas ha sido lo que es hoy; adulador en sus caricias, contagioso en sus exemplos, maligno en sus marchas, seductor en sus máximas, falaz en sus honores y profano en sus placeres. ¿Cómo pues han vencido los justos unos tan graves obstáculos? Huyendo las ocasiones, mortificando sus sentidos, separándose de los malos con un eterno divorcio, despreciando lo terreno á presencia de los bienes del cielo, humillándose hasta el polvo de la tierra, para conocer su vileza propia y la grandeza y magnificencia del Señor, y apartándose de las diversiones profanas, de que renunciaron á presencia de Dios y de sus ángeles en el sacro bautismo.

Paréceme que desde el seno de su gloria nos claman los bienaventurados, diciéndonos: esforzaos, hijos de los santos, vosotros podeis ser lo que nosotros, porque fuimos lo que vosotros sois, expuestos co-

mo vosotros á la depravacion de las costumbres, al contagio de los malos exemplos, á los atractivos de las riquezas y gloria mundana, á los placeres de los palacios y á las bagatelas del siglo. Lejos de vosotros el error de los que creen que solo pueden ser santos los que se han hallado en prisiones y en cadahalsos por la fe de Jesucristo. Su reino está dentro de vosotros, segun su oráculo, y para obtenerlo basta la observancia de sus mandamientos, y el exácto cumplimiento de vuestras obligaciones respectivas. Traed en confirmacion de esta verdad á la memoria á los Zacarías, Davides, Josias, Fernandos, Borjas, Luises, Heduviges, Isabelas y otros innumerables héroes del cristianismo, que veneramos hoy sobre nuestros altares, y que lograron ser santos entre el tumulto de los palacios, en el manejo de los negocios mas árduos, y á pesar de

las intrigas, adulacion y brillantez de las cortes. Las coronas que todos estos arrojaron á los pies del Cordero se formaron entre las mismas espinas que á vosotros os punzan. No fueron pues mas privilegiados, sino mas fieles que vosotros en manejar el negocio principal, que es el de salvarse.

Si de los obstáculos exteriores pasamos á los interiores, hallaremos que los santos han sufrido de ordinario, ya de parte del demonio, ya de la concupiscencia y rebelion de las pasiones, los mismos ataques, y aun mas duros que nosotros. De parte del demonio son mas fuertes los combates que dan á los justos que el que dan á los pecadores. Como está en posesion de estos, lejos de turbar á cada momento su conciencia con la memoria de sus crímenes, no sea que se arrepientan y busquen á Dios, procura infundirles de por vida cierta segu-

ridad, dice un padre de la Iglesia, para reducirlos á desesperacion en la hora de su muerte; y esta es aquella paz amarguísima de que habla el Salmista, en que yacen los pecadores indolentes mientras Dios los reprueba. Ademas que el cerbero infernal no ladra, acomete ni turba á los que son de su casa.

Por otra parte, las guirnaldas de los santos no se componen todas de las flores de su primera inocencia. Este es un don particular que el Señor, por sus impenetrables juicios, ha concedido á ciertas almas privilegiadas para manifestacion de su magnificencia. ¿Cuántos de los que hoy veneramos sobre los altares fueron en su juventud, en su edad viril, y aun en su vejez esclavos de la sensualidad, de la ambicion, de la avaricia, del lujo y de otras pasiones? ¿David, la Magdalena, el buen Ladrón, S. Pablo, S. Agustin, santa Margarita

de Cortona, para omitir otros muchos, no son un testimonio irrefragable de esta verdad? ¿No son pruebas decisivas de la humana fragilidad y de la malignidad del mundo? ¿Coronó el Señor á estos santos con las guirnaldas de su inocencia primitiva? No, señores; mas coronó su penitencia, coronó su cooperacion á la gracia, coronó los duros combates que sufrieron de parte de los enemigos del alma, sostenidos con el auxilio de Dios, usando bien de su libre albedrío. En el momento de su conversion entregaron al Señor su corazon, que es lo que pide á sus hijos: *fili, præbe mihi cor tuum*. Reconocieron sus crímenes, se humillaron, pusieron en Dios su confianza, abandonaron las sendas de la iniquidad, y para hacer progreso en las de la justificacion reduxeron su carne á servidumbre por medio del silicio, la disciplina y el ayuno; y ele-

vando su mente á Dios, derramaban el corazon en su presencia, borrando con lágrimas sus delitos pasados; y el Señor, que no sabe despreciar un corazon contrito y humillado, les concedió la gracia de la perseverancia final para coronarlos de gloria. Hé aqui el camino de la salud eterna ó de la santidad que podemos todos abrazar.

Mas nos parece imposible, os oigo decir, romper los lazos que nos ligan y las cadenas que nos detienen. ¡Ah, qué fácil os seria si meditáseis como el hijo pródigo y la Magdalena vuestra miserable situacion, la fealdad de vuestras culpas, la deformidad de vuestra alma, la horrible ingratitud con que correspondéis á vuestro Criador! ¡Qué presto vendriais á los pies de este buen Padre y adorable Redentor, regándolos con lágrimas y confesando vuestros delitos; qué presto seriais adornados con la estola de su

gracia y remitidos en paz! ; Qué presto conoceriais que el yugo de la ley de Jesucristo es suave, y ligero su peso, como dice él mismo, porque todo se reduce al amor de Dios y á la caridad con el próximo! Es verdad que para cumplir exáctamente estos preceptos se os presentarán por parte de los enemigos de vuestra alma obstáculos que vencer; pero no serán tantos ni tan difíciles como los que tuvieron que vencer los fieles de la Iglesia primitiva. Educados en la escuela de las pasiones, dice un moderno orador, discípulos muchos de ellos de un Júpiter incestuoso, de una Venus lasciva, de un Marte parricida, de una Juno implacable, de un Mercurio sin fe, de un Baco ébrio &c., ¿creeis que baxo estas ideas de culto y de religion les fuese fácil adoptar el cristianismo que las condena todas? ¿Juzgais por débil obstáculo que el lu-

xo de los conquistadores del universo se acomodase á la pobreza del evangelio, y que el orgullo del capitolio se humillase á presencia del Crucificado? ; Ah! persuadios, señores, que estos padres de la fe sufrieron extremas violencias para domar su carne rebelde, arrastrar sus cadenas y derramar su sangre en testimonio de la divinidad de Jesucristo y de su augusta religion, contraria á todos los vicios y delirios de su educacion. Sin embargo, sabemos que todos estos primeros fieles vivian adheridos á la fe y á los preceptos de Dios, como si tuvieran todos un mismo corazon y un alma misma; es decir, que estaban animados de la caridad, sumario de la ley de Jesucristo, lo cual basta para ser santos; porque la caridad, segun el Apóstol, es paciente y benigna, no tiene emulacion, no obra en vano, todo lo sufre, todo lo tolera, porque Dios

es caridad, y el que conserva la caridad permanece en Dios. Obrad así vosotros, y obtendreis igual felicidad que vuestros padres en la fe.

¿Os parece, señores, que defieren los mundanos á estas verdades eternas? ¡Ah! oid, no sin escándalo, lo que osan oponer. Aunque los cristianos primitivos, dicen, y los santos de todos los siglos hayan tenido que vencer iguales ó mayores obstáculos que los que se nos presentan para adquirir la santidad, ¿cómo hubieran podido obtenerla si no hubiesen tenido mayores socorros que nosotros? ¡Qué insensatez, qué delirio! ¿Nuestros sacramentos son menos eficaces para nosotros que lo fueron para ellos? ¿No tenemos el mismo bautismo, la misma confirmación, la misma penitencia y remisión de los pecados, la misma víctima sobre el altar, la misma religion y la misma divina

palabra que ellos? ¡Mas ah! que los exemplos ilustres de nuestros mayores, que debian sostener y confirmar nuestro zelo por la honra de Dios, y el espíritu de piedad, de virtud y de santidad, ha desaparecido ya de sobre la tierra, todo el mundo está adherido á la maldad, y toda la carne ha corrompido sus caminos no menos que en tiempo de Noé.

Pero no es esto lo mas; sino que los mundanos, para hacer la apología de sus desórdenes, blasfeman abiertamente de Dios. ¿De qué pueden servirnos, dicen, estos socorros exteriores de los sacramentos, si carecemos de la gracia interior en que abundaron nuestros padres en la fe? Por esta via oblicua osan citar á su tribunal la gracia de Dios, y atribuirle la causa de sus delitos y ruina. Blasfemias son estas que horrorizan al cielo, pero muy frecuentes en boca de los mundanos.

;Sangre preciosa de Jesucristo, der-
 ramada sobre el calvario para la
 redencion y santificacion de todo
 el linage humano, deponed contra
 estos audaces! Es verdad que sin
 la gracia nada podemos obrar en
 órden á nuestra salud eterna: es
 verdad que no podemos merecer la
 gracia, y que el Espíritu Santo la
 inspira donde quiere; ¿pero á quien
 jamas se ha negado? ¿No es de fe
 que ha preparado Jesucristo, y da
 á todos lo necesario para que se
 salven? ¿No es de fe que su di-
 vino Espíritu llenó toda la tierra?
 ¿No es de fe que ha jurado Dios
 solemnemente no quiere la muer-
 te del pecador, sino que se con-
 vierta para sanarlo del contagio del
 pecado? Aun quando sus dones sean
 diversos, pues á unos ha dado cin-
 co talentos, á otros dos, y á otros
 uno; ¿dexarán de proveer á cada
 uno lo necesario para salvarse? El
 que ha recibido cinco y el que ha

recibido dos pueden perderlos, por-
 que dueños de su libre albedrío no
 han querido aprovecharlos; mas el
 que ha recibido solo uno con él ha
 podido salvarse; pues asi como es
 de fe que sin la gracia de Jesu-
 cristo nada podemos en el órden
 de la salvacion, lo es tambien que
 con ella lo podemos todo, si la cor-
 respondemos y seguimos con fide-
 lidad. Si la gracia en efecto no fue-
 ra suficiente para salvarnos, en la
 presente providencia no seriamos
 culpables delante de Dios, que ha
 declarado dárnosla, porque sin su
 auxilio no podemos ser santos. Man-
 dándonos pues el Señor que lo sea-
 mos todos, porque para ello nos eli-
 gió antes de la constitucion del
 mundo, se sigue por una consecuen-
 cia legítima, que todos debemos y
 podemos serlo con el auxilio de su
 divina gracia, que pulsa continua-
 mente á las puertas de nuestro co-
 razon para hacernos eternamente fe-
 lices.

Juzgad pues, os ruego con el autor del libro de la sabiduría, juzgad de Dios con bondad; es decir, adorad su poder, su providencia, su misericordia, porque aunque para acreditar las gerarquías haya dispuesto muchas mansiones en su casa, que es el reino de los cielos, donde como las estrellas difieren en la claridad, se distinguen en su esplendor los santos, ha mandado que todos lo seamos; y como es de fe que nada manda imposible, lo es también que nos da las fuerzas y auxilios necesarios para serlo con arreglo á su indefectible promesa. Solo resta, señores, que sigamos nosotros el exemplo de los santos, nuestros padres en la fe, que humillemos como ellos nuestro corazón en la presencia del Señor, que le amemos sobre todas las cosas, ejercitando la caridad con nuestros próximos: así vencereis todos los obstáculos que impiden vuestra

salvacion: los dias son breves, la eternidad se acerca, seguid sin intermision la luz de la gracia que os convida y guia, antes que os comprehendan las tinieblas, y os halléis inútilmente arrepentidos. Ahora es el tiempo aceptable y el dia de la salud eterna. Postraos á los pies de Jesucristo, y detestando vuestros crímenes, con propósito firme de la enmienda, decidle en lo íntimo de vuestro corazón: Señor mio Jesucristo &c.



ELÓGIO PANEGÍRICO

DE NUESTRA SEÑORA

DE LA MERCED.

Sanctimonia, et magnificentia in sanctificatione ejus. Ps. 95.

La santidad y la magnificencia brillan en su santuario.

SEÑORES:

Con estas pomposas expresiones celebra el Espíritu Santo, por boca de David, la grandeza y magnificencia del templo de Jerusalén. Salomón tuvo la gloria de executar los piadosos designios de su padre en la construcción de este templo;

admiración del universo, honor del pueblo de Dios, y consuelo de los verdaderos israelitas. Aquí con la magnificencia brillaba la santidad; la magestad que residía en él como en propiciatorio, no solo infundía respeto á los levitas, sino á las naciones incircuncisas, admirando todos su santidad y su esplendor: *sanctimonia, et magnificentia in sanctificatione ejus.*

¿ Con qué palabras pues mas á propósito podría yo ensayar el elogio de nuestra Señora de las Mercedes? La santidad y la magnificencia que sirvieron de cuna á su venerable orden la han acreditado en todo tiempo á honra y gloria de Dios y beneficio de sus próximos. La Madre de misericordia, que desde la alteza de su gloria se dignó arrojar una mirada favorable sobre los miserables cautivos que gemían entre cadenas, formó el gran proyecto de su libertad: personas

de eminente ciencia y piedad fueron elegidos por primicias de la redencion: reyes magníficos y caritativos ofrecen sus palacios y sus tesoros para construir los primeros hospicios, y una nobleza aguerrida de comun acuerdo con los zelosos religiosos dan feliz principio á la grande y magnífica obra de la redencion. Hé aqui un breve análisis del elógio que pretendo en esta hora consagrar á María santísima de la Merced, de redencion de cautivos.

Para proceder con algun orden considero dos cosas en esta grande y excelente obra, á saber; el proyecto y la execucion. La santidad mas sublime formó el proyecto, y la caridad mas magnífica lo ha executado: *sanctimonia, et magniscentia in sanctificatione ejus*. Para decirlo de una vez, la santidad presidió el establecimiento de este venerable orden de la Merced, y

la caridad lo ha sostenido. Santidad de parte de los que lo establecieron: primera reflexion. Caridad magnífica de parte de los que fomentaron y han sostenido el establecimiento: segunda reflexion. La materia es interesante, digna de esta cátedra de la verdad, de vuestra atencion y de mis débiles conatos. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla con el ángel del Señor. *Ave Maria.*

Sanctimonia &c.

Por poco que reflexemos sobre la historia civil y eclesiástica de los diez últimos siglos, hallamos famosos y benéficos establecimientos, que acreditan, ya el patriotismo de los poderosos á favor de la humanidad, ya la piedad y zelo de ciertas almas grandes á favor de la religion. Los primeros son dignos de

elógió y honor de la monarquía; los segundos son acreedores á nuestra veneracion, y son el consuelo de la Iglesia. Mas sin perjudicar á unos ni á otros en la gloria que merecen por su amor á la patria y á la virtud, veo el sagrado orden de la Merced elevado al grado mas sublime de caridad y de piedad religiosa. Veo en él resplandecer la mas alta santidad en su institucion, en sus primeros fundadores y en sus motivos. Reflexemos.

Fue la Madre de Dios la que formó este gran proyecto de caridad: fueron hombres eminentes en santidad, á quienes se confió su execucion; y son los miembros de Jesucristo que gimen entre cadenas el objeto de esta excelente caridad. ¿No es esto haber la santidad presidido el establecimiento de la sagrada orden de la Merced? *Sanctimonia in sanctificatione ejus.* ¡Dichoso orden! tú fuiste formado originalmente en el

cielo, donde todo es perfecto y la caridad se consuma. La Madre de misericordia, desde el seno de gloria y de potestad que la rodea, arroja una mirada favorable sobre los miserables cautivos, que gimen entre cadenas baxo la dominacion tiránica del moro y del sarraceno. Los males que sufren estos desgraciados cristianos, y el peligro de renegar á que se hallan expuestos, la mueven á compasion, y medita un establecimiento destinado particularmente á negociar su libertad. Este plan de heróica caridad se traza á los pies del trono de Jesucristo, que derramó su sangre por libertar al hombre de los fierros en que lo tenia Satanás; y la execucion de tan singular proyecto se confió inmediatamente á hombres de misericordia. Pero sus primeros fundamentos se zanjaron en el cielo baxo la tutela de María, Madre del verdadero Dios, Orígen singular que

distingue de los demas á su venerable órden.

Yo, señores, miraré siempre con veneracion y respeto á los Basilios, Benitos, Bernardos, Domingos, Franciscos, Brunos, estos héroes célebres en los anales de la Iglesia, ángeles del desierto, que supieron representar á los ojos del mundo las maravillas obradas por los anacoretas del Egipto y la Tebaida. Pero cuando considero á la Madre de Dios, la veo elevarse sobre toda pura criatura, y que siendo superior á los mismos ángeles como Reyna, no puede jamas compararse con estos santos fundadores. Hé aqui la singular prerogativa del órden de la Merced. Su origen fue en el cielo, y la Madre de Dios su fundadora, y hé aqui lo que ha siempre animado á sus dignos hijos para emprender las redenciones mas dificiles y mas peligrosas. Ellos saben, dice un

sabio, que marchan baxo las órdenes de la santa Virgen, que executan el gran proyecto de caridad que ha formado en ella el cielo, y que comunicó á hombres eminentes en santidad y en piedad cristiana. La devocion á María y el zelo por la redencion de cautivos anunciarán en todo tiempo la grandeza de este sagrado órden en la Iglesia.

Yo bien sé, señores, la exáctitud y delicadeza con que debe anunciarse una revelacion para no proponer á los fieles fábulas ni ficciones. Yo bien sé, que los milagros para ser creidos exígen testimonios auténticos, y detesto en esta hora todo culto supersticioso que el error ó la mentira han inventado. Pero la maravilla de que os hablo está apoyada en historias fieles, confirmada por hombres santos y contemporáneos, y sobre todo anunciada y autorizada por la Igle-

sia, á quien corresponde arreglar el verdadero culto de los fieles. Y si me preguntais en qué consiste que los hereges y libertinos se hayan declarado con tanto furor contra estos auténticos testimonios, os diré que todos los que miran con desprecio á la Iglesia y á sus santos, menosprecian asimismo el culto de la Madre de Dios, y se burlan de sus apariciones y milagros. Corramos un espeso velo á los escritos de Lutero, Calvino y sus prosélitos, y cerremos el oído á sus blasfemias. Las de Nestorio y de Juliano no fueron tan exécrables. Yo sé el caso que harian de la maravilla que os predico. Ellos son ciegos voluntarios y guias de otros ciegos; tengámosles compasion á sus secuaces. ¿Y son estos, por ventura, los únicos enemigos de este culto y de su maravilloso origen? ¡Ab! yo me escandalizo y me estremezco al ver que en el seno mismo de

la Iglesia haya tantos criticos mordaces y censores morosos de la devocion de María. Yo quisiera me dixeran estos bellos espíritus en qué consiste que en las disputas literarias, para averiguar una época ó exponer un sistema se citen, segun las leyes de la crítica, los testimonios de autores contemporáneos como pruebas decisivas, y que al mismo tiempo se hable con tanto menosprecio de la Iglesia, que declara auténticas ciertas maravillas, y que se ridiculicen los testimonios de santos é ilustres personajes, que no solo fueron contemporáneos de los sucesos, sino sus primeros depositarios. ¿Dónde está la lógica, dónde la crítica, dónde la buena fe? Yo no du-do sospechar que esta inconsecuencia procedé de que la religion y la piedad les incomoda, y solo les agradan las máximas del mundo.

Mas pongamos á estos monstruos de incredulidad testigos ve-

nerables, que fueron los primeros depositarios del gran proyecto de María para redencion de cautivos. Estos favores singulares de la Madre de Dios son una prueba auténtica de la alta santidad y generosa piedad de unos héroes á quienes confiaba el establecimiento del órden de la Merced. En el siglo xix suscitó el Señor á S. Pedro Nolasco, este taumaturgo de los últimos siglos, á quien la Virgen Madre honró varias veces con su presencia. Este varon de insigne santidad fue el que eligió la Madre de misericordia para que adornase la cuna de su cautiva redencion. ¡Qué rasgos de magnificencia se presentan aqui á mi imaginacion! ¡Qué grandes, qué admirables héroes elige el Señor para sus adorables designios! Pedro Nolasco por su caridad, su zelo, su fe, su santidad y sus milagros, era tenido por el oráculo de su siglo. Su piedad es-

taba acompañada con un gran talento, destreza y habilidad para los negocios mas importantes; capaz por consiguiente de servir á Dios y al César, y de santificarse no solo en el retiro, sino en medio del bullicio y negocios de la corte. Por este medio, sin dexar de ser un modelo de santidad en el cláustro, vino á ser de suma utilidad al rey de Aragon, que le confió los negocios mas delicados. Este varon singular sabia manejar con prudencia los intereses de sus príncipes y la importante comision de la Madre de Dios.

¿Pero qué digo? si aun antes de la aparicion de la Virgen habia ya libertado de cadenas, dice un historiador de su vida, á mas de tres mil cristianos, y se habia voluntariamente ofrecido á quedar entre cadenas por la libertad de sus hermanos en Jesucristo. ¡Qué zelo el de Nolasco por la Iglesia! ¡Qué

firmeza en sostener la religion! Cuando apareció la heregía de los albigenses se le vió mostrar la constancia de los Atanasios, Ambrosios y Crisóstomos contra aquel torrente de iniquidad. ¿Qué mas? Aun cargado de fierros por la libertad de los cristianos cautivos, no cesaba de predicar á los bárbaros el evangelio de Jesucristo, logrando ver convertidos á muchos de ellos, postrados á sus pies, bañados de lágrimas, avergonzados de los delirios de su secta, y suspirando por el bautismo. ¿Qué consuelo para este varon apostólico ver los copiosos frutos que el Señor se habia dignado sacar de su ministerio en la cautividad!

Á este singular héroe de la caridad elige la Madre de misericordia para que presida el glorioso establecimiento del orden de la Merced para redencion de cautivos; y para que le sirviesen de auxiliares

en tan grande empresa, se dignó la Señora revelar el proyecto al mismo tiempo á Raymundo de Peñafort, confesor de Nolasco, y á Jacobo I de Aragon, ilustres ambos, el primero por su erudicion y santidad, y el segundo por su piedad y zelo por el esplendor de la Iglesia. A estos dos santos, que veneramos sobre los altares, y á aquel gran rey, que será siempre memorable en los anales de España, se dignó aparecer la Virgen, para que tan grandes personajes dieran testimonio auténtico de esta maravilla, cuyas deposiciones irrefragables, sujetas al juicio de la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, la hiciesen revestir de la autoridad y autenticidad necesaria, para no ser mirada como una fábula inventada á placer. ¿Qué excepcion en efecto podrán poner los críticos morosos al testimonio de estos tres ilustres personajes? Y si su dicho uni-

forme es recusable, ¿qué hecho histórico sagrado ni profano quedará á cubierto de la crítica?

Jesucristo, dice S. Leon, conduxo á tres de sus discípulos sobre el Tabór. Allí dexó el Señor se manifestasen algunos rayos de su divinidad. Expuso á sus ojos el rápido espectáculo de una gloria que los deslumbra y encanta, á fin de que el testimonio de estos tres apóstoles publicase auténticamente su grandeza; y aunque les prohibió referir esta vision antes de su muerte, les permitió anunciarla despues de su resurreccion. Y para confirmar su testimonio, y ponerlo á cubierto de censores morosos, se dignó revelar en otra parte que el testimonio de dos ó tres personas respetables era suficiente para acreditar la verdad: *in ore duorum, vel trium testium stat omne verbum*. Y hé aqui la sabiduría y prudencia con que la Madre de Dios quiso

se publicase auténticamente el establecimiento de la órden de la Merced, revelando á un mismo tiempo á dos grandes santos y á un rey piadoso, seria muy acepto á sus ojos y á los de su santísimo Hijo la institucion de la redencion de cautivos.

No penseis ignoro aquel célebre oráculo de la escritura, de no creer á todo espíritu: *omni spiritui nolite credere*. Yo sé que en las devociones populares se han introducido á veces grandes abusos y prácticas contrarias á la pureza del culto. Pero me consta al mismo tiempo la atencion de los obispos en proponer únicamente á los fieles hechos auténticos y objetos de edificacion. Todo lo que no manifiesta el augusto carácter de la verdad, dice un sabio prelado, todo lo que no dimana de las fuentes puras de la antigüedad; todo lo que no está autorizado por la Iglesia ó por el supremo pontífice

fice, es desechado y reprobado por los pastores. Mas cuando veo las maravillas del establecimiento del sagrado orden de la Merced recibidas en toda la Iglesia; cuando veo á los obispos que las oyen publicar con placer, y que honran á los ministros que las anuncian á los pueblos; cuando veo en fin á este orden que empieza desde su cuna á florecer baxo la proteccion del sumo pontífice, y atiendo el objeto á que se dirige, que es la libertad de los miembros de Jesucristo, gimiendo entre cadenas en poder de los bárbaros, no puedo dexar de conocer y publicar que todo es justo y santo en este establecimiento.

¡ Ah! ¿quién no se moverá á compasion al considerar las aflicciones y trabajos de sus hermanos baxo la dominacion de los infieles? La pena de carecer de su patria, de no ver á sus padres, mugeres, hijos y amigos, junto con la de sus malos

tratamientos, y estar privados por mucho tiempo de los consuelos de la religion, por no hallar regularmente ministros para el desahogo y tranquilidad de sus conciencias, ¿no son estos otros tantos motivos para considerarlos lamentándose como los judíos cautivos en Babilonia, y llorando amargamente sobre las márgenes de los rios, al acordarse de Sion y de su amada Jerusalén? El que tenga espíritu de caridad ¿dixará de commoverse á imitacion de Jeremías, al ver las aflicciones de sus hermanos? Nuestra caridad que debe extenderse mas allá del sepulcro ¿no deberá penetrar en los reinos bárbaros para alivio de los que gimen baxo duras cadenas? ¿Qué motivos mas poderosos para mover nuestros corazones á caridad y nuestras manos á liberalidades? Ellos tocaron y conmovieron el de María en el solio de su grandeza; y sus entrañas de misericordia comisio-

naron este gran proyecto de caridad á varones santos y monarcas piadosos á favor de los cautivos.

Yo no los miro á todos como santos é inculpables; pero sí baxo la augusta cualidad y glorioso título de cristianos. Presento á los ojos de vuestra mente una multitud de infelices apartados de su patria y familia, cargados de fierro, aplicados á los mas duros trabajos, alimentados por la mayor parte con el pan de lágrimas, y expuestos á renegar de Jesucristo abjurando la religion de sus padres, ya sea por la persuasion del interes, ya por la violencia que á veces se les hace. ¡Qué motivos tan poderosos para excitar la caridad! ¿Y no fueron principalmente estos los que movieron á la Madre de misericordia para idear el religioso establecimiento de la redencion de cautivos, y para comisionar su organizacion y execucion á varones insignes en san-

tidad y en magnificencia? *Sanctimonia, et magnificentia in sanctificatione ejus.* Mas esta segunda cualidad corresponde á la segunda parte de este elógio, en que paso á manifestaros, que Dios se ha dignado suscitar en el santuario, sobre los tronos y en todos los estados, hombres zelosos para sostener y perpetuar la redencion de los cautivos cristianos, con espíritu de magnificencia: *et magnificentia in sanctificatione ejus.*

II. ¡Qué multitud de héroes de caridad nos presenta la historia en el orden de la Merced, qué respetables, qué magníficos! Los religiosos que la componen exponen su vida por la redencion de los cautivos; los reyes ofrecen sus palacios y sus tesoros; la grandeza manifiesta sus liberalidades; los pueblos aumentan con generosidad los fondos de tan piadoso establecimiento. Enxugad vuestras lágrimas ¡cautivos afligidos!

porque ya se trata de vuestra redencion y está próxima vuestra libertad, por medio de un establecimiento, que á la eminente santidad de su origen añade la magnificencia de su caridad: *et magnificentia in sanctificatione ejus*. Alabemos, señores, con el Espíritu Santo á estos hombres misericordiosos, que en el orden de la Merced se han adquirido tanta gloria: *laudemus viros gloriosos*. Admiraremos la eminencia de su santidad, sus talentos, las grandes dignidades á que han sido elevados, su prudencia y destreza en el manejo de negocios; y sobre todo su zelo por la libertad de los cautivos. ¡Ah! ¿qué alabanzas no merecen unos hombres que han sabido ganar la confianza de los príncipes bárbaros y de los reyes mas inhumanos? Ellos han vuelto de estos climas feroces cubiertos de reputacion y de gloria. El feliz suceso de sus negociaciones los ha recompensado del penoso trabajo de sus

viages. El esposo restituido á la esposa, el hijo al padre, el ciudadano á su patria, han sido otros tantos laureles con que han sido coronados, y que les han adquirido las bendiciones de los pueblos. Hombres santos y dignos de toda alabanza; pues si recorremos los fastos de la Iglesia, veremos sus hechos heróicos, su ardiente caridad y el culto público con que debemos honrar á estos primeros redentores, colocados sobre nuestros altares. La Iglesia, que no puede ser engañada ni engañarnos, despues de habérselos propuesto como héroes de imitacion sobre la tierra, nos los presenta en el dia como santos que reinan en la eternidad. ¿Qué mas elevada santidad, qué caridad mas heróica, que la de exponer su propia vida por la libertad de sus hermanos cautivos?

¿Qué no podria decirnos de los talentos y erudicion de estos primeros gefes de la Merced? Aquí veriais

resplandecer la caridad de unos sobre diferentes teatros del oriente, dulcificando por sola su presencia la ferocidad de los principes mas crueles, quebrar las cadenas de una infinidad de esclavos; mientras otros ocupados en regentar las cátedras de las universidades mas famosas, sostenian con esplendor la religion de sus mayores. Allí veriais varones famosos elevados por la Iglesia á las primeras dignidades por su ingenio y ardiente caridad; pues como el supremo pastor veia hombres que exponian su vida por la libertad de los cristianos, no dudaba la expondrian por la salud de las almas que se les confiaban. Con este motivo vemos á muchos religiosos de este sagrado orden colocados por la Iglesia en las primeras sillas episcopales del oriente, y aun elevados á la dignidad cardenalicia, para honrar con la púrpura romana sus virtudes y talentos.

No me detengo á elogiar la destreza con que manejaron los asuntos gravísimos que les confiaron los reyes de Aragon y aun los de Francia, á cuyas cortes no los conduxo la ambicion, sino el deseo de lo justo y el bien de sus hermanos. ¡Quién pudiera hablaros con extension de su ardiente zelo por la libertad de los cautivos! Veriais á estos primeros redentores entrar intrepidos en Argél, en Trípoli, en Marruecos y en Tunez, cuyos reyes ó dinastas no eran menos crueles é inhumanos que los emperadores que persiguieron la Iglesia por espacio de tres siglos; y observariais, que si la cuna de la Iglesia fue rociada con la sangre de muchos mártires, tambien lo fue la de la Merced con la de sus primeros redentores. Hé aqui unos héroes de caridad, que la Iglesia ofrece á nuestra veneracion, bien diferentes de los fariseos, que contentos con observar ciertas prácticas exteriores

de la religion, solicitaban una vida cómoda é indulgente para sí mismos y severa para los demas, satisfechos con desacreditar las acciones del próximo, queriendo canonizar sus delitos á la sombra de su hipocresía. Pero estos obreros que pusieron en execucion el proyecto de la redencion, abandonaron su patria, renunciaron las dulzuras de su familia, emprendieron penosos viages por mar y por tierra, y expusieron sus vidas muchas veces á impulsos de su caridad y de su ardiente zelo por la libertad de los cautivos cristianos que gemian entre cadenas, deseando como S. Pablo ser anatema por sus hermanos. Varones verdaderamente apostólicos, que con su exemplo encendian la caridad de los pueblos, excitaban la misericordia de los príncipes y de los poderosos, haciéndoles mostrar su magnificencia en la caritativa obra de la redencion: *et magnificentia in sanctificatione ejus.*

Ni penseis, señores, que haya desaparecido este ardiente zelo con la muerte de los ilustres héroes que acabo de elogiar. Yo lo veo continuado en estos varones de misericordia, que aún viven en nuestros dias (1). Ellos siguen las sendas de sus mayores con igual generosidad. ¿No los hemos visto muchas veces dexar su santo retiro, separarse de sus hermanos y de sus amigos, é in-

(1) Cuando escribia esto, tuve el gozo singular de saber por los papeles públicos, que de resultas de la gran victoria conseguida sobre Argél por el lord Exmouth, almirante de la escuadra británica, no solo entregó el dey sin rescate alguno todos los cautivos cristianos, sino que estipuló quedar abolida para siempre en sus dominios la esclavitud, y que á su exemplo habian accedido al mismo concierto el bey de Tunez y el baxá de Trípoli; los cuales, complaciendo al príncipe regente de la gran Bretaña, entregaron sin rescate ni

terrumpir sus estudios, para ir á desatar las prisiones de los cautivos? ¿No los hemos visto volver llenos de alegría, seguidos de sus caritativas conquistas? ¿Cómo podremos dexar de admirar y elogiar su zelo por sostener el órden de la Merced, y la magnificencia de los reyes que lo protegen? Dios, en cuyas manos está el corazon de estas magestades de la tierra, ha dispuesto que sirvan á

recompensa alguna cuantos cautivos cristianos se hallaban en sus estados; con lo cual quedaba completamente abolida la esclavitud en los países berberiscos. ¡Gracias inmortales al Dios de los exércitos, que se dignó mover el piadoso corazon de este augusto príncipe, para que emplease las fuerzas de su reino á favor de la humanidad! La Europa toda deberá manifestarle una general gratitud por haber borrado la afrentosa esclavitud, que con mengua del género humano subsistia en aquellos países bárbaros. Honor, felicidad y luz sempiterna con-

la execucion de sus designios. Á este fin les dió la espada de la autoridad suprema, para que reinen en su nombre, y le den cuenta estrecha del rebaño que les ha encomendado. Bien pudiera el Señor, usando de la omnipotencia con que sacó al mundo de la nada, haber hecho florecer el cristianismo desde su origen; pudiera haber trastornado todos los tronos de los reyes impíos y tiranos, como lo executó con los de Canaan en otro tiempo, y con los de los caldeos, medos, griegos y romanos en la sucesion de los siglos. Su mano no está abreviada, ni su brazo impedido, y su potencia es irresistible.

Mas su infinita sabiduria ha tenido por conveniente oponer de ordi-

ceda el Señor á este digno príncipe y á sus ilustres almirantes, para que lo conozcan, lo amen y lo refieran todo á su mayor gloria, como obra de su brazo excelso. Amen.

nario hombres á hombres; es decir, hombres buenos á los malos, reyes religiosos y clementes á los impíos y crueles; sabios, humildes y dóciles, á los soberbios y temerarios. Recordamos, aunque con rapidéz, los fastos de la historia, y hallaremos que el Señor se sirve del gran Constantino para dar paz á su Iglesia, desolada y perseguida por espacio de tres siglos. En esta memorable época la vemos salir de la obscuridad, y extenderse por todo el mundo cubierta de esplendor y de gloria. Baxo este mismo plan de providencia aquel Dios grande, que con solo el ruido de las trompetas y la presencia del arca hizo venir á tierra los soberbios muros de Jericó, pudo su- focar en su cuna todas las heregías; pero tuvo por más conveniente sus- citar en los oportunos tiempos á los Policarpós, Irenéos, Justinos, Epi- fanios, Crisóstomos, Ambrosios y Augustinos, para omitir otros muchos

héroes de la religion, á quienes co- municó sus luces, para que pusiesen los dogmas de la Iglesia á cubierto de los errores de la impiedad, de la infidelidad y de la irreligion. Baxo el mismo plan, y á favor de los cau- tivos cristianos, vemos suscitados por el Padre de las misericordias al in- fante D. Pelayo, á los Alfonsos y Ramiros, al santo rey D. Fernando, á D. Jaime de Aragon, á S. Luis rey de Francia y á los Reyes católi- cos; todos los cuales, animados del espíritu de caridad, trabajaron ince- santemente por la libertad de los in- felices cautivos que gemian en la esclavitud. ¿Qué mas? ¿No observa- mos este mismo espíritu de miseri- cordia en nuestros soberanos? Here- deros de la caridad de sus augustos predecesores, ¿no los vemos prodi- gar sus tesoros para la redencion de los cautivos? ¿No vemos la alta pro- teccion que hallan al pie de su sólio todos los redentores de cautivos?

¿No vemos la magnificencia con que se trata de su libertad? ¿Pero qué mucho, si todo lo exige de justicia la santidad del establecimiento y la caridad cristiana? *Sanctimonia, et magnificentia in sanctificatione ejus.*

Vosotros pues, señores, los que tantas veces habeis oído el elogio de la santidad y magnificencia de un establecimiento, meditado en el cielo por la Madre de misericordia, y executado de su orden sobre la tierra por varones ilustres en santidad, en letras, en poder y liberalidad, cuyo objeto ha sido en todos tiempos la grande y mas perfecta obra de caridad, cual es la de aliviar y exponer la propia vida por librar de la cautividad á nuestros hermanos en Jesucristo, no olvideis, os ruego, que vosotros tambien, estando cautivos, habeis sido redimidos. Y si aquellos, á quienes vosotros habeis sacado de la esclavitud con el precio de vuestras limosnas, deben manifes-

taros la gratitud, para no incurrir en la fea nota de desagradecidos, no olvideis que vosotros habeis sido comprados y rescatados á costa de un gran precio: *empti enim estis pretio magno*; es decir, con el precio infinito de la sangre de Jesucristo, que fue la preciosa víctima con que fuisteis redimidos de la esclavitud de Satanás, que os tenia encadenados para una eternidad. ¿Cuál pues deberá ser vuestra gratitud y reconocimiento á esta inmensa caridad? Y si vosotros por un impulso de esta principal virtud, en que consiste el complemento de toda la ley, habeis concurrido con liberalidad y magnificencia á la libertad de vuestros hermanos, tened caridad de vosotros mismos, redimiendo con limosnas, ayunos, oraciones y penitencias vuestros pecados; porque de nada os servirá haber redimido al próximo, si os presentais en el dia de la ira ante el tribunal del justo é inexóra-

ble juez esclavos de la culpa. Haced pues en tiempo frutos dignos de penitencia, para no caer culpables en las manos de Dios vivo.

¡ Augusta y soberana Madre! desde el solio de grandeza, de santidad y de magnificencia á que os elevó el Altísimo, preservándoos en vuestro origen de la esclavitud de la culpa, en que todos incurrimos por la inobediencia de nuestros primeros padres, llenándoos de dones y de gracias, y exáltándoos sobre todas las gerarquías de la corte celestial, como á Reina del cielo y de la tierra, dignaos arrojar una mirada favorable sobre estos miserables hijos de Adán. Pecamos, hemos cometido iniquidades, hemos errado las verdaderas sendas. ¿ Mas cómo podremos volver á ellas si el conductor nos falta? ¿ Cómo podremos salir de la esclavitud de la culpa si no nos alcanzais una gracia victoriosa y triunfante, que disipe las tinieblas de

nuestro entendimiento, y ablande la dureza de nuestro corazón? para que gratos al imponderable beneficio de nuestra redención, conozcamos á Jesucristo, lo adoremos y alabemos en vida, para gozarle por los siglos de los siglos. Amen. Dixe.



ORACION

PANEGÍRICA,

QUE EN HONOR DE SAN GREGORIO
MAGNO PRONUNCIÉ EN LA UNIVER-
SIDAD DE OSUNA, SIENDO CATEDRÁ-
TICO DE FILOSOFIA, EL AÑO
DE 1765.

Hic magnus vocabitur. Matth. V.

SEÑORES:

¿A quién no parecerá atrevimiento
inexcusable, que un jóven sin elo-
cuencia ni instruccion, ose hablar an-
te un areópago de sabios, y á pre-
sencia de tantos Dionisios, de la san-
tidad y sabiduria de uno de los mas
grandes pontífices que han ocupa-

PANEGÍRICOS Y MORALES. 209
do la silla de S. Pedro? Hablo de
S. Gregorio el Magno, este varon
incomparable, este monge austero y
penitente, este doctor y firme co-
lumna de la Iglesia de Dios, cu-
yas virtudes, sabiduria y acciones
heróicas son un piélago insondable.
Conozco, señores, que para deli-
near la imágen y formar la esta-
tua de este grande Alexandro, eran
necesarios los colores y pinceles de
Apeles, y los cinceles de Lisipo.
Conozco, que para elogiar á este
nuevo Basilio era necesario un Na-
zianzeno, y que solo la elocuencia
de un S. Ambrosio seria capaz de
celebrar dignamente las acciones he-
róicas de este nuevo Teodosio.

Pero nosotros, que me habeis im-
pelido, sabreis con humanidad di-
simular mis defectos; y Dios, que
ha prometido virtud, eficacia y
energía á los que evangelizan su
doctrina, se dignará purificar mis
labios como los de Isaías, para que

no profane su divino testamento. Confiado pues únicamente en su auxilio, ensayaré el elogio de este su siervo fiel y prudente, á quien construyó sobre su familia en la tierra, para que les proveyese del alimento necesario en tiempo. A este fin le colocó sobre el candelero de su Iglesia, para que iluminase á todos los de su santa casa: le colocó, repito, como una antorcha resplandeciente y ardiente: *lucerna lucens, et ardens*; ardiente por el fuego de su caridad, luciente por el resplandor de sus virtudes y doctrina. Hé aquí el plan de su elogio y su verdadero carácter. Una breve ojeada sobre su vida exemplar y laboriosa basta para acreditar que fué un nuevo taumaturgo, ó trismegisto, es decir, tres veces grande: gran santo, gran pontífice, gran sabio. *Magnus vocabitur*: tres breves reflexiones que den la materia, objeto de vuestra

atencion y de mis débiles conatos. Ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa. *Ave Maria.*

Hic magnus &c.

Cuando el Todopoderoso ha querido de tiempo en tiempo enviar al mundo algunos de estos célebres héroes que sirvan de antorcha á los mortales, que con sus luces disipen los errores, y acrediten con sus obras la sana moral de su evangelio, los ha preparado de antemano por sendas á veces desconocidas y opuestas al parecer á sus inefables designios, para confusion de los sabios y prudentes segun la carne. Ambrosio y Augustino, entre otros muchos, nos presentan un ilustre testimonio de esta verdad. ¿Quién diría que el maravilloso ingenio de

Ambrosio, aquella elocuencia y arte con que se manejaba en el foro era destinada por Dios para que con sus oraciones ilustrará á todo el occidente en las sendas de la virtud? ¿Quién al oírle hablar en el senado diría que su voz estaba por el Señor destinada para hacerla resonar delante de los altares, con admiración del mundo y edificación de la Iglesia? ¿Quién diría que el talento gigante de Augustino, y aquella su admirable dialéctica, mas sutil y capciosa á veces que la de Carneades, Cleantes y Crisipo, empleada de ordinario en combatir las verdades de la religion, serviría con el tiempo á la ruina del maniqueismo y de los pelagianos, y á la mas vigorosa defensa del catolicismo? Sucede esto á veces, porque Dios con su infinita sabiduria permite que hagan los primeros ensayos en el siglo los que destina á que despues manifiesten admira-

bles progresos en el orbe espiritual.

Baxo este plan parece ordenó Dios la vida de S. Gregorio el Magno. Destinábale el Señor para que fuese una resplandeciente antorcha, cuya luz se extendiera á los confines del mundo, y que en lo sucesivo sirviera de exemplar á los grandes, á los potentados y á los sumos pontífices. Aunque hijo de padres senadores y poderosos, quiso el Señor manifestar á los nobles, ricos y potestades sublimes, que podian abandonarse con fruto los palacios suntuosos, para ir á sepultarse en las pobres mansiones de un monasterio, y que podian desecharse los vestidos de oro y plata, para vestirse con mas honor de una túnica tosca y despreciable; que podia despreciarse la multitud de criados y sirvientes, para ir á ejercer los oficios mas viles de una comunidad religiosa; que no era en

fin degradar la dignidad de senador la renuncia de las pompas y vanidades del mundo.

Desde su primera edad dió muestras nada equívocas que lo destinaba Dios para cosas grandes. Su carácter afable, su admirable ingenio, su pronta y tenáz memoria, su entendimiento profundo y viveza incomparable, todo pronosticaba estar elegido por Dios para sus altos fines. Nadie en efecto puede gloriarse de haber hecho en muchos años los grandes progresos que Gregorio en corto tiempo. ¡Qué velocidad! ¡qué rapidéz en la inteligencia de la escritura santa, en los concilios y espíritu de la religion! Pero no es esto lo mas, sino que á la viveza y ardor de la juventud unia la prudencia y maduréz de un anciano.

Estas bellas calidades movieron á los cónsules y senadores á elevarlo á pretor de Roma. En este

honroso empleo no tuvo otro objeto que la justicia, otra mira que el desinterés; ni otro respeto que el bien público. Por manera, que podia decirse con verdad que era una víctima pronta á sacrificarse á cada instante por la felicidad de la república. Haz; ó Gregorio! haz tus primeros ensayos en la Roma civil, para hacer despues los mayores progresos en la Roma espiritual. Imita ahora á los Camilos, Scipiones y Fabricios, para imitar despues á los Pedros, Clementes, y aun al mismo Jesucristo.

No fueron la justicia y la vigilancia las únicas virtudes que admiraban todos en Gregorio. Era singular su liberalidad y misericordia. En sus manos hallaban los pobres el alivio de sus necesidades y asilo de sus miserias; pues á imitacion de otro Job, era ojo para el ciego, lengua para el mudo, pies para el coxo, y hospicio para el

peregrino. En esta época fundó á sus expensas seis monasterios en Sicilia, y aun al palacio que habitaba en Roma dió el mismo destino, labrando como el fenix el nido en que debian reposar sus cenizas. Qué adorable es ¡ó mi Dios! tu Providencia. Gregorio empieza á mirar con tedio todas las cosas del mundo. Conoce que para llegar al cúmulo de la perfeccion es mas á propósito obedecer que mandar. Animado de este pensamiento, desnudándose de las pompas, grandezas y gloria mundana, de la dignidad senatoria, del empleo de pretor, y renunciando de todo lo que no era virtud, entra Gregorio en el monasterio á ser modelo y exemplar de los monges.

Aquí, señores, desearia yo tener la energía del gran Demóstenes, de Ciceron, y la elocuencia del Nazianzeno, para exponer las heroicas acciones y virtudes de Gre-

gorio el Magno; su humildad, digo, su modestia, su obediencia, su castidad, su austeridad y espíritu de penitencia. Baste decir que sus vigiliias igualaron á las de Paulo, primer eremita, sus oraciones á las del grande Antonio, sus penitencias á las de S. Hilarion, y que fue tan abstigente como S. Simon Stilita, tan humilde como el gran Basilio, y tan obediente como el mismo san Plácido. La conducta en fin de Gregorio presentaba á primera vista la perfeccion de los mas santos monges de oriente y occidente. Sus iguales lo veneraban como exemplar, los ancianos admiraban su virtud, y el abad se avergonzaba de mandarle como superior.

Su mérito sólido, y no la intriga ni la cábala lo elevó bien presto al empleo honorífico de abad del monasterio. Aquí manifestó su gran talento, su prudencia y discrecion para el gobierno; pero sin omitir

el ejercicio de sus vigili-
as, ayunos y disciplinas. De aqui le pro-
vino aquella aguda y peligrosa en-
fermedad de estómago, que lo po-
nia á los umbrales de la muerte,
y que le impedía ayunar ni aun
el viernes santo. Su director le im-
pedía que fuese tan abstinentes, man-
dándole sobreeser á tantas peniten-
cias, porque llegó á sospechar que
Dios no habia criado á Gregorio
para sí solo, sino para bien de su
Iglesia. Bien presto se verificó es-
ta sospecha. Pelagio II muere; y
al punto el senado, el clero y el
pueblo romano lo eligen de acuer-
do por obispo de Roma y sumo pon-
tífice. En vano resiste Gregorio;
en vano se sale de esta capital del
mundo cristiano, escondido entre los
sacos de unos mercaderes, para huir
de tan alta dignidad, sepultándose
entre los montes y las grutas, á
la manera que un facineroso huye
de la pena capital. El Todopode-

roso, que no habia producido es-
ta antorcha luminosa para que es-
tuviese escondida, sino para ilumi-
nar á todos los de su santa casa,
dispuso que lo halláran bien pres-
to los ciudadanos de Roma, que con
increíble ansiedad lo buscaban.

Hé aqui, señores, á Gregorio
conducido á la capital por fuerza,
y adornado con la investidura pon-
tificial, á manera de un reo que re-
cibe el saco para el suplicio. ¡O
pension comun de las almas gran-
des! Por mas que desprecieis los
cargos, y desecheis las honras y
dignidades, ellas os buscarán. Las
mitras os sacarán de lo mas escon-
dido de los monasterios. Si os me-
teis baxo los montes, allá penetra-
rán las dignidades, los báculos, las
tiaras. Asi por mas que Gregorio se
oculte, Dios que lo ha hecho gran
santo en el mundo, va á manifes-
tarlo gran pontífice sobre su Igle-
sia: *magnus vocabitur.*

II. Ya en efecto habia dado Gregorio muestras nada equívocas que era enviado por Dios como otro Moysés para libertar á su pueblo escogido. Habia empezado en Roma la peste mas cruel y mas violenta que hasta allí se habia experimentado. En las calles y plazas de esta capital del mundo solo se veian montones de cuerpos muertos, espectáculo horroroso á la vista, y que hacia desmayar la imaginacion. Los ciudadanos aparecian lánguidos y exánimes, esperando á cada momento ser víctimas de tan terrible azote. Gregorio recurre á la oracion, y tomando el incensario, á imitacion de Aaron, se pone de medianero entre Dios y los hombres para libertar á su pueblo. Mandólos juntar en procesion, y despues de haber conmovido los ánimos de toda la multitud con un enérgico y elocuente discurso, que les arrancó lágrimas de corazon, contritos

y humillados en la oracion, lograron desarmar la ira del Señor, y cesó enteramente el contagio.

Conocida por Gregorio la voluntad de Dios, se aplicó con suma sollicitud á conducir el rebaño de la Iglesia universal, que el supremo de los pastores le habia encomendado. ¿Qué zelo igual al de un hombre que pasaba el dia en el trabajo y la noche sin reposo; que bastaba por sí solo á catequizar al rudo, á dirigir al perfecto, al alivio del pobre, al consuelo del enfermo? Hecho todo para todos, á imitacion de S. Pablo, extiende al punto por todas partes el fuego del amor á Dios y su grey que lo devora. Por manera, que puede decirse con verdad, que no solo toda la Europa y sus confines, sino el África y Asia sintieron los efectos de su sabio gobierno y de su zelo, aun antes de saber su eleccion al pontificado. ¿Qué reino,

qué provincia del mundo hasta allí conocido, podrá alegar no haber llegado á su país los rayos de la sabiduría de Gregorio? Sus reglamentos se extendieron con increíble velocidad de uno á otro polo.

Dígalo España, y dénos testimonio de la presteza extraordinaria con que llegaron los rayos del Vaticano á disipar las tinieblas con que los priscilianistas y arrianos pretendían envolver la península. Dígalo el África, donde brevemente alcanzó la espada espiritual de Gregorio, que cortó la cabeza á la hidra de los donatistas, que á cada momento vomitaba nuevos insectos de iniquidad. Dígalo Dalmacia, donde apenas apareció el cisma, cuando el poderoso brazo de Gregorio apagó el incendio. Dígalo Constantinopla, donde con igual zelo que Ambrosio al gran Teodosio reprehendió al emperador Mauricio, que

pretendía extender su cetro á lo eclesiástico. Dígalo en fin todo el mundo, adonde pasaban con frecuencia sus decretos pontificios, para instruccion y consuelo de todos los miembros de la Iglesia católica. Los silbos de este pastor universal, traspasado el Nilo, se extendían por los inmensos arenales de Egipto, por desiertos de la Etiopía, por los países de los abisinios, buscando los monges y los eremitas que habitaban entre las fieras y en las entrañas de la tierra.

¿Y se limitaba su penetrante voz á estos confines? Nada menos. Su eco retrocedía, y traspasando el Eufrates, el Tigris, el Indo y el Ganges, resonaba con energía hasta las extremidades de la tierra, y aun sobre las aguas del Océano. El espíritu vigilante y solícito de Gregorio el Magno, á imitación del alma, que anima todos los miembros del cuerpo humano, daba vi-

gor á la inmensa mole de la Iglesia católica. Sus reglamentos se extendian á todas partes y sobre todas materias; y ni el dilatado espacio de mas de once siglos, ni los cismas ni mayores revoluciones han podido borrar su esplendor. El misal romano, la liturgia y las ceremonias eclesiásticas publicarán eternamente las sabias disposiciones de Gregorio el Magno. ¿Pero quién es capaz de reducir á sumario las grandes é ilustres acciones de su pontificado? Mis ojos débiles se deslumbran con su resplandor.

Mas no son sus virtudes, sus penitencias, su vigilancia pastoral, su zelo y cristiana política en el manejo de los negocios mas árduos y en las circunstancias mas difíciles que lo acreditaron gran santo y gran pontífice, lo que debe causarnos mayor admiración; sino que á pesar de tener siempre su alma adherida á Dios y ocupada en asun-

tos tan graves de la Iglesia universal, cultivase las ciencias con el mayor suceso, haciendo en ellas tales progresos, que lo acreditasen de gran sabio: *magnus vocatur.*

III. Ya os dixe al principio que desde su juventud adelantó mucho en las letras divinas y humanas. Así lo manifestó mientras estuvo en el siglo con el cargo de senador y de prefecto de Roma. Entonces dió muestras nada equívocas de su admirable talento para la política, filosofía y elocuencia, y Roma vió revivir en la persona de Gregorio las cenizas de los Catones, Cicerones y Hortensios, olvidadas por mas de seis siglos. Mas luego que dexó el mundo y sus vanidades, entregado á la virtud dentro del monasterio, aplicó su talento á las ciencias sagradas, é hizo en las santas escrituras los mayores progresos, sin que los ayunos, vigiliias, y disciplinas y

oraciones, le impidiesen su continuo y tenaz estudio. No tardó mucho, ya por sus virtudes, ya por su sabiduría en ser admirado de los monges, pareciéndoles haber baxado del cielo un nuevo Moysés, un otro Salomon, un nuevo Paulo, y que habian en él resucitado los Atanasios, los Crisóstomos, los Augustinos. Pero Gregorio mientras mas lo ensalzaban, mas se humillaba, como verdadero discípulo de Jesucristo, que ha prometido ensalzar á los humildes.

Tanto resplandor de santidad y de sabiduría no podia estar oculto mucho tiempo. Bien presto se extendió su luz á Roma y á toda Italia. Esto movió al pontífice Pelagio II para enviarlo por legado á Constantinopla. Aqui convenció al célebre Eutiquio su patriarca, obligándolo á detestar sus errores. Allí (á instancias de S. Leandro arzobispo de Sevilla) empezó á escri-

bir los libros de los *Morales*, que han sido y serán siempre admiracion de los siglos. Nada digo de su elevacion al pontificado. ¿Qué de cartas, qué de homilias, qué de oraciones no dió á luz pública para instruccion del universo? Por una puerta del Vaticano salian millares de bulas, órdenes y decretos, y por otra inmensos volúmenes, llenos de sabiduría celestial, para instruir á los ignorantes, convertir á los pecadores y confundir á los hereges; y todo esto en medio del bullicio y tumulto de la corte romana. Vos ¡ó mi Dios! con admirable providencia pudisteis unir en Gregorio el Magno las perfecciones de los monges mas austéros, de los mas vigilantes pontífices y de los mas sabios doctores: *magnus vocabitur*.

Mas toda esta ciencia, estos talentos ¿de qué hubieran servido á Gregorio si no hubiera poseido la ciencia de morir bien? Pero en todas

sus acciones fue sabio este grande héroe de la religion, y en la hora de su muerte parece que se excedió á sí mismo. Ya habia muchos años que padecia una aguda enfermedad de estómago. Acometiéronle al fin gravísimos dolores, que toleraba con la paciencia de Job y conformidad de Tobias, gloriándose como el Apóstol en medio de sus tribulaciones, alabando al Señor de los exércitos, y cantando salmos é himnos para darle gracias de que se dignaba purificarlo en vida, como al oro en el crisól. Asi caminaba imperturbable ácia el sepulcro; hasta que completado el número de sus dias, pudiendo decir con S. Pablo: he trabajado mas que todos, y he consumado mi carrera; despues de haber dexado á la Iglesia en un estado felicísimo; despues de haber extirpado todos los errores con sus admirables escritos, y convertido á muchas almas con sus elocuentes o-

raciones; despues de haberse preparado con muchas lágrimas para aquella última hora, y de haber como otro Tobias dado consejos saludables á sus hijos espirituales, dexando sus corazones penetrados de dolor, espiró en el Señor, mudó de vida, desapareció de la vista del mundo para reinar en el cielo.

¡Silla de S. Pedro, qué pérdida acabais de hacer! Paréceme ver á la Iglesia universal conmovirse de dolor, y á los templos vestirse de luto al publicarse la muerte de Gregorio. Paréceme oír en Roma y á las orillas del Tiber aquellas lúgubres voces que oyó el Jordan cuando murió el valiente Macabéo. ¿Cómo ha muerto este grande hombre que salvaba al pueblo de Israel? ¿Cómo ha faltado este admirable santo, este vigilante pontífice, este doctor excelente? ¿Cómo nos habeis privado ¡ó mi Dios! de esta firmísima columna de la Igle-

sia, de este muro inexpugnable del alcazar de Sion?

¡Mas enjugad vuestras lágrimas, deponed el luto, Iglesia santa! vestíos de gozo y alegría, porque el alma de Gregorio, apenas quedó libre de las prisiones de este cuerpo mortal y corruptible, voló al empíreo á estar en la eterna felicidad y compañía de los ángeles, á quienes imitó en la pureza; de los serafines, á quienes siguió en el amor y caridad; de los patriarcas, á quienes imitó en la fe; de Moisés, á quien tomó por modelo para conducir el pueblo de Dios; de los profetas y eremitas, á quienes imitó en las penitencias: allí está viendo á Dios en dulce compañía de los Atanasios, Nazianzenos, Ambrosios, Crisóstomos y Augustinos, que le sirvieron de modelo de imitación: allí en fin está rogando por todos los fieles cristianos, pidiendo al Señor que nos dé auxilios para ala-

bar en vida y eternidad al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.
DIXE.

O. S. C. S. R. E.

M. Fr. Sebastian Sanchez
Sobrino.

TABLA

DE LOS SERMONES

contenidos en este tomo.

Discurso panegírico-apologético de nuestra Señora del Cármen.	Pág. 1.
Sermon moral sobre la fe.	49.
Panegírico de santa Teresa.	80.
Discurso moral sobre las aflicciones.	111.
Sermon moral sobre la santidad.	142.
Elógió panegírico de nuestra Madre de la Merced.	174.
Oración panegírica de S. Gregorio Magno.	208.





DE NUEV
BLIOTEC